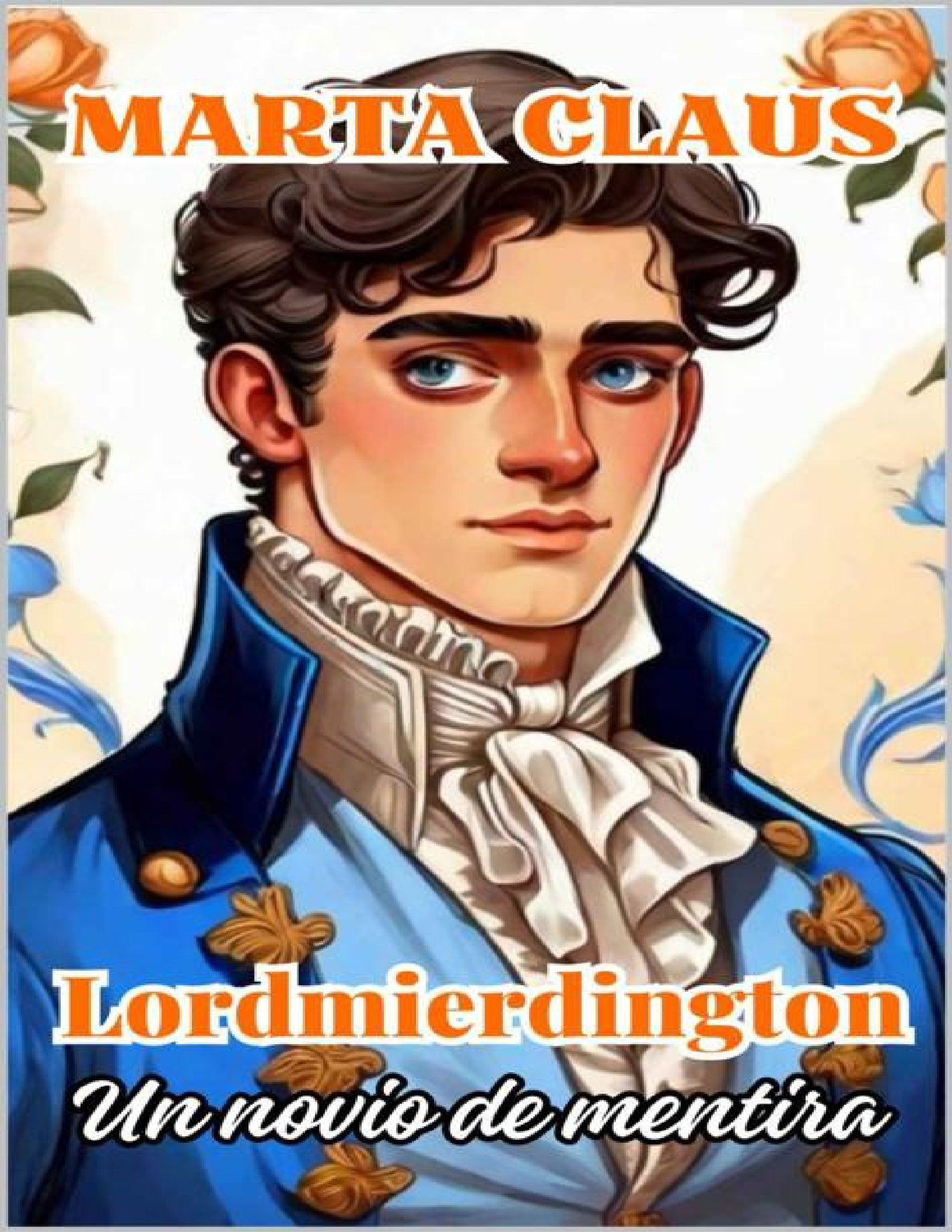


A detailed illustration of a young man with dark, curly hair and blue eyes, looking slightly to the right. He is wearing a blue coat with gold buttons and a white cravat. The background is light yellow with orange roses and blue floral patterns.

MARTA CLAUS

Lordmierdington

Un novio de mentira

Lord Mierdington

Un novio de mentira

Marta Claus

Copyright © Noviembre 2023 Marta Claus

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

Para todas las que soñamos con un caballero inglés



Copyright © 2023 Marta Claus

Diseño de portada Marta Claus

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación ni de su contenido puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin permiso previo y por escrito de la autora.



Nota de autor

Ojalá y disfrutes de esta historia como yo lo hice mientras la escribía. He reído a carcajadas como una tarada, me he mordido las uñas mientras releía, y he sonreído cuando pulsaba las letras que ponían final.

Lordmierdington no pertenece a una serie, ni es parte de una bilogía, es cierto que hizo su primera aparición en LA WEB DE INFIELES y desde entonces no me saco a este tipo de la cabeza. Recientemente todas hemos suspirado por un lord inglés, desde que apareció Jane Austen en la mayoría de las vidas de las lectoras, y más tarde Netflix nos alegró los ojos con Los Bridgerton, Los caballeros ingleses son parte de nuestros prototipos de hombres, bueno a algún que otro Highlander también le haríamos un hueco... Leo es un ser especial y le he cogido un cariño increíble, y espero que tú también lo veas así. Y no te preocupes este libro va antes de La web de infieles.



Capítulo 1

Me encantan las bodas (léase en tono irónico)

Roberta

Otra boda, ¡qué bien!

Me gustan las bodas, no vayas a creer que soy una mujer amargada de esas que disfruta viendo como termina la gente sola. De eso nada, solo tengo este sentimiento de odio con las de mi familia. Y creo que está más que justificado.

Pensé que no volvería a escuchar la dichosa palabra de nuevo, o al menos no antes de que yo estuviera felizmente casada, como mi madre desearía. Teniendo en cuenta que ahora mismo soy la mayor de las mujeres solteras en mi familia, era lo que se esperaba. Lo que todos esperaban. Todos menos yo, vamos. Entre otras cosas porque no tengo ninguna prisa en pasar por el altar. Podemos decir que no he conocido a ningún hombre todavía del que me haya enamorado. ¿O sí?

Y ahora me presento, mi nombre es Roberta Valero, tengo treinta y ocho años, trabajo como vendedora en unos grandes almacenes, —de momento lo dejamos ahí—, vivo sola en un humilde apartamento a las afueras de Valencia, no porque lo haya elegido así, es porque es más barato que vivir en el centro de la ciudad, y mi trabajo no me permite nada más ostentoso por el momento.

Siempre he vivido en un pueblo de La Mancha, uno de esos lugares donde la gente viaja de vacaciones cuando quiere desconectar del bullicio, porque en esos pueblecitos no hay excesivo tráfico, los supermercados están vacíos, y no tienes que hacer largas colas para hacer la compra. Puedes pasear por cualquiera de sus calles sin sentir que en cualquier momento van a pisarte un pie... Pero eso ya terminó, y ahora vivo en aquí, en Madrid.

Mi familia y yo nos marchamos del pueblo más o menos veinte años después de que mi mejor amigo se fuera a vivir a Los Angeles. Él me prometió que siempre estaríamos juntos, pero no cumplió con eso. Y tampoco es que pueda echarle nada en cara, porque a pesar de no estar aquí conmigo, no deja de estar nunca.

Durante los primeros días de su marcha me sentí abandonada, fue como si él se hubiese alejado de mí intentando olvidar todo lo que ocurrió entre nosotros un tiempo atrás.

Y como yo no soy de ir tirando chinitas para dejar un camino de incógnitas, os contaré todo lo que pasó la noche de autos, por allá en mil novecientos noventa y nueve. Hace más de veinte años ya.

Ian dormía la mona (es así como se dice en mi pueblo cuando te pillas un buen pedo de alcohol), en la habitación de sus padres después de que todos se hubiesen marchado de la fiesta —y es que las juergas de mi amigo eran las más famosas del pueblo entero—. Yo en un intento de despertarlo para avisarle de que también me marchaba a dormir a mi casa, —o eso era lo que en un primer momento pretendí—, tropecé con sus zapatillas, sus enormes zapatillas que adornaban el suelo de la habitación, y me caí de bruces encima de él. Literal.

Imagina: dieciocho años, hormonas alteradas, estado ebrio, y además súmale que has estado toda la santa noche intentando enrollarte con un tipo que no se ha dado cuenta de que existías. Ni tan siquiera de que te has puesto un *wonderbra*, que te has recolocado las tetas delante de él casi rozando lo descarado en cada ocasión que hablaba contigo, y que también he paseado mi lengua por el borde de los labios mirándole a los ojos con lascivia —como consecuencia a lo del juegucito de saliva sobre mis labios, me pasé dos semanas con ellos cortados—. ¿Resultado? Pues que cuando mi cuerpo chocó con el de mi amigo —y tú aún no sabes cómo es que está mi amigo—, el suave roce de mi boca con la suya hizo que mi vagina se humedeciera al instante. Bueno primero se contrajo —lo recuerdo todavía—, después mis pezones se endurecieron buscando ser pellizcados, y mi pelvis comenzó con un baile de movimientos involuntarios.

No, no lo violé, no pienses que me cepillé a Ian estando dormido... Aunque ahora que recuerdo la escena, pudiera haber sido que si él no llega a reaccionar, lo hubiera hecho. Bueno no lo sé, lo dejamos en que no lo hice.

—Ro, ¿qué coño estás haciendo? —Esas fueron las únicas palabras que él pronunció. Así no salieron de su boca eh, que gracias al alcohol tenía lengua de trapo...

Tampoco creas que yo reaccioné con aquella pregunta. ¡Qué va! Yo seguí a lo mío. Venga a frotar mi vagina sobre su cuerpo. Porque lo único que yo quería en ese instante era darme placer. Y vaya que si me lo di.

Lo besé, primero en la boca. Cuando comenzó a hablar bajé por su cuello, me recreé dándole algún bocado, subí hasta su oreja, mordí su lóbulo, regresé a su boca ya callada, y no porque hubiese cerrado sus ojos de nuevo y estuviese dormido, no. Ahora estaba ya bien espabilado.

Mientras tanto, mis manos iban haciéndose camino hasta llegar a su torso. Ese que me llamaba con fuertes golpes haciendo retumbar todo su pecho. Y es que su corazón decía querer justo lo mismo que yo. Un buen polvazo.

Mi amigo dio la talla, vamos que si la dio. Primero fui yo la que cabalgué como una amazonas sobre sus caderas, pero después fue él quien culminó el acto encima de mí.

Lo difícil no vino después, ya que los dos estábamos tan cansados que no nos dirigimos la palabra. Yo recuerdo que fui al baño, y cuando regresé a la cama, Ian ya dormía de nuevo. Así es que dándole la espalda agarré parte de su almohada y me dormí junto a él.

Exacto, lo complicado vino a la mañana siguiente. Aunque por suerte él despertó primero no me libré de la vergüenza de rencontrármelo en la entrada de su casa cuando yo pretendía marcharme sin ser vista.

No lo hemos hablado nunca, pero yo creo que él salió a correr por el pueblo bien temprano con la esperanza de que al regresar yo ya no estuviera allí.

Un simple movimiento de cabeza hacia arriba y un escaso «*mañana nos vemos en clase*» bastó para sepultar aquello que había ocurrido esa noche. Jamás hablamos de ello hasta que en la

siguiente fiesta, de nuevo en su casa, cuando todos se habían marchado y yo le ayudaba a recoger los vasos de plástico esparrados por todos lados, me agarró de la cintura desde atrás con una de sus manos, y comenzó a besar mi nuca despejada estirando con su otra mano de mi coleta.

Aquella madrugada ninguno de los dos habíamos bebido en exceso, no había cabida para culpar al alcohol, ambos estábamos en nuestras plenas facultades.

Jamás en la vida hemos mencionado lo que ocurrió. Ni en esa ocasión ni en la anterior. Es más, si he estado presente en conversaciones de algunas chicas hablando sobre su gran pene, o sus dotes de Don Juan como amante, yo, Roberta Valero, he guardado silencio. Primero porque es mi amigo y jamás haría nada que le incomodase, y segundo porque ninguna mujer me ha parecido que fuera un obstáculo en nuestra relación. Nuestra relación de amigos, que quede bien claro.

En apariencia nuestra amistad no sufrió grandes daños, y digo en apariencia porque por dentro de mí siempre existió ese miedo a que él hiciera algún comentario sobre aquella noche. No conmigo, que también habría sido un momento vergonzoso. Sino más bien con alguno de sus amigos.

En infinitas ocasiones me han dado ganas de preguntarle si para él significó algo, pero enseguida pienso en todo lo que puedo perder; a él. Y no puedo permitírmelo.

Sobre el año dos mil uno, o quizá fuera el dos, pasados unos años de nuestro sexo salvaje, el padre de Ian le ofreció mudarse con él a Los Angeles. Su padre era un gran empresario ya por aquellos tiempos, y viajaba continuamente de aquí para allá. Finalmente cuando puso el huevo en la que iba a ser su residencia final, quiso recuperar todo el tiempo perdido junto a su hijo.

Después de largas semanas de indecisión, un día me sorprendió con una llamada. Se iba, se iba a la otra punta del mundo y me dejaba en el pueblo sola. Me alegré por él, yo sabía que a mi amigo le iba a ir mejor allí que aquí encerrado en este pueblo inerte. Me invitó a acompañarlo, pero ¿yo qué pintaba allí? Mis padres no lo habrían permitido nunca.

Su carrera como escritor podría despegar en cualquier lugar, la mía en cambio la había imaginado aquí, en España. Yo soñaba con ser una artista que triunfase en su tierra. Que quizá la idea estaba errada, porque dicen que nadie es profeta en su tierra, y tal vez mi cabezonería de ser pintora era un deseo infantil, como dice mi madre.

Ian y yo no hemos perdido el contacto nunca. Hablamos todos los días, nos lo contamos absolutamente todo. Es cierto que no nos hemos vuelto a ver de nuevo en persona. Él anda súper liado con la editorial que le publica anualmente un par de libros, y no tiene apenas vacaciones. Y yo, pues yo... yo no tengo ni un euro como para coger un vuelo e ir a visitarlo.

Sobre mi sueño, pues os diré que nunca triunfé como artista, tiré la toalla hace un par de años cuando me di de bruces con la realidad. Esa que te llena el buzón de cartas certificadas notificando todas las deudas que se han ido creando por dejar de pagar el alquiler del taller, ese que había ocupado para mis supuestas grandes obras que me lanzarían al estrellato.

No, no fue así, no me lanzó al estrellato ninguno de los grandes cuadros para los que me preparaba. Entre otras cosas, porque nunca los llegué a terminar. Ni uno. Lo que sí que hice fue, estrellarme yo solita al soñar tan alto. Y es que la voz de mi madre como una cotorra diciendo todo el tiempo que estaba malgastando mi vida y que me quedaría sola al igual que los cuadros que pintaba, que nadie compraría jamás, y terminarían cogiendo humedad y polvo en algún trastero, me hizo perder la ilusión. Eso y mi poco capital para luchar por ello.

Aquel día rompí a llorar, y con gran dolor en mi corazón colgué las brochas. No sé si se dice de esa manera...

Puse empeño en encontrar un trabajo que me ayudase a mantenerme y con el que poder

pagar mis gastos, y así de esa manera dejar de sangrar a mis padres de una vez por todas.

Con mi madre lo tenía claro, no me daría ni un céntimo suyo para esta tontería de colorear dibujitos, como ella decía. Y mi padre, pues mi padre se quedó tieso cuando abandonó a mi madre. Porque la abandonó, sí, pero también le dejó todo lo que él tenía. No aguantaba más las locuras de ella. Y es que mi madre es un ser especial, y altamente peligrosa. Entre las competiciones con mi tía (su hermana), y el intento de aparentar siempre quince años menos, mi padre estaba ya desesperado.

¿Te puedes creer que un día al regreso del trabajo se encontró que ella había renovado todo el vestuario de mi padre? Hubiese sido una sorpresa agradable de no ser por el hecho de que toda la ropa nueva que habitaba en los armarios, era más propia de un chaval de veinte años que de la suya.

Y ahora que te he puesto en antecedentes como se suele decir. Vayamos al meollo de todo.

Como ocurre a diario, Ian esta mañana me hizo una videollamada para preguntarme por la cita de anoche, y a mí que no me gusta esconderle nada, le he relatado punto por punto todo lo que ocurrió. Estábamos todavía en la cama mientras hablábamos y reíamos cuando, he podido ver el trasero de la mujer que tenía en su catre mientras esta salía de ella. Sí, desnuda al completo.

—Tío, córtate un poco, tienes compañía —le he gritado a través del teléfono.

—Ah, no es nada, Amanda ya se va —ha respondido restándole importancia, mientras que ella le ha reprochado que no supiera su verdadero nombre.

Edurne, la de hoy es Edurne. Y vaya genio se gasta.

—A este paso media ciudad de Los Angeles me va a conocer, a mí y mis historias matutinas —le he recriminado.

Después de un par más de comentarios al respecto, hemos continuado con mi cita, a lo que él se ha interesado en si volveré a verlo de nuevo. He respondido que no, porque no me hizo llegar al orgasmo. Ian se ha descojonado y ha querido saber si fingí o ni siquiera eso. Lo he dejado con las ganas de saber, pero sobre todo no se lo he querido contar porque como ya sabes, él y yo también nos acostamos aquellos días del pasado, y no quiero que piense que soy una tramposa mentirosa en la cama. Aunque aquella noche en cuestión no estaba yo para marcarme ninguna escenita digna de película porno, todo sea dicho. Lo que pasó fue real. El gran pene de mi amigo me rozó justo los puntos clave de mi excitada vagina.

—Ey, Ro, habla, ¿te has quedado en pausa, o se debe a la conexión?

—Sí, debe ser el wifi, en mi habitación no llega bien últimamente —Otra trola. Y es que cada vez que recuerdo la escena, me recreo en el cuerpo de Ian. Menos mal que no lo tengo aquí o habría podido ver como he tenido que apretar mi vagina con mi mano para darle calma. Eso y un poco de gustito, para qué engañarnos.

Culpable, me declaro culpable de masturbarme pensando en mi amigo, lo he hecho en infinitas ocasiones, pero sobre todo cuando quiero tener un orgasmo rápido y seguro. Esto él no lo sabe, claro. Recuerda que no hemos hablado jamás de este tema. Para nosotros fue como si no hubiera ocurrido nunca.

Después de acompañarnos mutuamente en el desayuno, nos despedimos en el momento de la ducha. No porque él tenga pudor alguno. En todos estos años de conversaciones telefónicas he visto el cuerpo desnudo de Ian más veces incluso que el mío. Salvo su parte más íntima que suele taparse con las manos si pasa desnudo frente a la cámara.

La semana que viene es su cumpleaños, y yo para no perder la costumbre, como cada año, siempre le regalo una tarta que termino comiéndome enterita. Sí, se la hago, le canto cumpleaños

feliz, él sopla las velas a través de la pantalla simulando que el aire llega, yo las apago, y después la saboreo hasta que no queda nada. Te puede parecer estúpido, pero para nosotros es especial.

Hoy cuando salga del trabajo compraré los ingredientes para tenerlos ya en casa, y así no correr el riesgo de olvidarme. Porque aunque él nunca se la come, dice que tiene que ser casera para poder comprobar que le quiero. Sabe a la perfección que yo no cocino nunca, y que si hago esto es porque le quiero. Le quiero un huevo. Es mi mejor amigo, y aunque estamos a miles de kilómetros de distancia yo le siento muy cerca siempre. La verdad es que reconozco que me encantaría tenerlo aún más cerca.



Capítulo 2

Cumpleaños de Ian

Roberta

He pasado toda la noche haciendo el dichoso pastel. La nata no quería montarse porque se me olvidó meterla en la nevera, y después del desastre tuve que bajar al super Veinticuatrohoras situado justo al lado de mi portal a por más nata. Cuando por fin estaba todo listo caí en la cuenta de que había olvidado el número treinta y nueve, y ya estaba todo cerrado, con lo cual tuve que hacer manualidades con el cartón de una caja de leche vacía. Sí, me dieron las tantas.

Ian acaba de salir de la ducha cuando me responde a la videollamada desnudo de cintura para arriba, con su pelo mojado por completo y sobre su rostro veo como le caen un par de mechones. Aún luce algunas gotas de agua que resbalan por su mandíbula. Las chuperretearía para terminar de secarlo. «Ro, coño, céntrate», me digo a mí misma.

—Ya creí que hoy no llamarías. —Su sonrisa ocupa gran parte de la pantalla, y yo sin darme cuenta emito un suspiro.

—¿Cuándo se me ha olvidado tu cumpleaños? —pregunto.

—Algún día tiene que ser el primero, ¿no? —Me guiña un ojo.

No me gusta que me diga que en algún momento esto que tenemos se terminará. Yo no he pensado en dejar de hacer lo que hacemos, sea lo que sea que estamos haciendo, a mí me gusta. Somos amigos y a los amigos hay que cuidarlos.

—Maldita conexión a internet, siempre igual, Ro. —Pobre, cree que se ha quedado colgado, y soy yo que de nuevo me quedo paralizada cuando pienso en él de otra manera que no sea siendo su amiga. Y es que ahora mismo me lanzaría sobre él, le cogería la mano y la pondría

sobre mi sexo para que viera lo caliente que estoy.

—Deja de gritar, voy a por tu pastel —digo colocando el teléfono sobre la mesa de la cocina y apoyándolo en la pared para así poder sacar la tarta de la nevera.

—*Waaaa* —exagera al ver el pastel—, cada año te superas amiga.

Y esa palabra con la que se refiere a mí, me duele, no debería, lo sé, pero es que Ian para mí no es solo un amigo.

Llega el momento en el que sopla las velas de su tarta y se acerca tanto a la pantalla del teléfono que le da un golpe con la nariz haciendo que este se estrelle contra el suelo, a lo que a su vez grita un fuerte: «mierda», y si no fuese porque sé que vive en Los Angeles, juraría que hasta aquí ha llegado el grito. Algún vecino debió de sincronizar las voces.

—Ian, ¿estás bien? —pregunto porque no le veo. La pantalla del teléfono está oscura, y me temo que se lo ha cargado debido al porrazo.

Sostengo la tarta todavía en una de mis manos esperando que vuelva a aparecer en pantalla y poder soplar las velas por él, cuando de pronto llaman a la puerta.

¡Qué oportunos, joder! Vacilo en si abrir o seguir esperando a Ian, pero vuelven a llamar al timbre, esta vez con más insistencia.

—Ya voy, ya voy. ¡Qué prisas! —berreo mientras camino hasta la puerta.

Paseo la tarta por mi casa, hasta que llego a la entrada. Entonces la dejo sobre el mueble del recibidor, y abro la puerta a la persona insistente que acaba de volver a hacer sonar de nuevo el timbre.

—¿Acaso se te está quemando la casa? —grito nada más abrir sin cerciorarme de quien es.

Niega con la cabeza.

A mí se me están quemando las bragas ahora mismo, porque mi entrepierna se ha puesto a palpar en un intento por imitar a mi corazón, el que late más deprisa que aquella vez en la que salí corriendo tras robar una cinta de música de las Spice Girls de aquella tienda hace más de treinta años.

—Hola, Ro. —Sonríe y abre sus brazos.

—Agárrame que me caigo —alcanzo a decir, y siento como las piernas comienzan a temblar antes de desmallarme.



Capítulo 3

Huida express

Roberta

Tumbada en el sofá de mi humilde casucha, la misma donde ahora mismo está sentado sobre una silla de madera recogida del contenedor de la calle, está Ian que me mira preocupado mientras me da unos suaves golpecitos en la mejilla, imagino que para hacerme espabilar.

—Como vuelvas a repetir eso —Hago gesto de degollar la garganta—, estás muerto chaval.

—¿Esto? —Golpea de nuevo mi mejilla, pero esta vez más fuerte que antes.

Le sujeto la mano agarrando su muñeca, y siento un calor abrasador al momento, que me hace soltarla como si de una sartén hirviendo se tratase.

Me acomodo un poco sobre el respaldo sin dejar de mirarlo, porque no estoy segura de si es real que está aquí o la falta de comida en condiciones me está pasando factura y empiezo a delirar.

—¿Ian? —pregunto con tono bajo.

—¿Estás imbécil? ¿No ves que sí? Soy yo Roberta. —Me da un golpe en el hombro empujándome.

—¿Qué estás haciendo en mi casa, cómo sabes donde vivo, de dónde has salido? —pregunto confundida. Yo misma lo vi hace tan solo unos minutos recién salido de la ducha de su casa de Los Angeles a través del teléfono.

—En definitiva estás idiota. Tú misma me enseñaste este piso cuando lo alquilaste, me

repetiste como más de doscientas veces la dirección para cuando viniera a verte. ¿Estás bien Ro? —Ahora me sujeta por los dos hombros con sus enormes manos y me mira a los ojos desde una posición muy cercana.

Yo no puedo casi ni respirar a causa de su intimidación. Ha crecido mucho, demasiado. Desde el otro lado del teléfono no me resultaba tan grande ni musculoso. Qué bien huele, debe ser un espejismo, me he dado un golpe en la cabeza...

Me coge de la mandíbula y mueve mi cabeza como si fuera un títere entre sus manos, cierro los ojos por un segundo al respirar su aroma a jabón.

Emito un suspiro incontrolado y abro los ojos. Entonces veo que está pegado a mi cara. Me observa de cerca, parece que sea un bicho raro al que quiere diseccionar. Y como si tuviese quince años, sin poder evitar un impulso que recorre mi cuerpo, una parte de mi cerebro me ordena que le bese. Y yo no puedo evitar besar esos labios con los que en tantas ocasiones me he corrido de placer tocando mi vagina e imaginándomelos que recorren cada centímetro de mi cuerpo desnudo.

—Mierda .—Por fin reacciono.

—Joder Ro, qué recibimiento, por mí no te detengas. Hasta has empezado a ponerme a tono. —Se señala con la mano su abultado paquete.

—Eres un gilipollas, Ian. Aún no sé qué me ha pasado —miento.

—Pues que te alegras de verme. —Sujeta mi cara con sus manos y choca su nariz con la mía.

Me levanto del sofá y me espulso las quizá partículas de polvo imaginarias que se han podido pegar a mi ropa, mientras la conexión de mis cables cerebrales no hacían función alguna.

—¿Vas a decirme qué haces aquí? —Me cruzo de brazos esperando respuesta.

—Yo también me alegro mucho de verte —dice.

—Joder, pues claro que me alegro, pero no me lo esperaba —respondo.

—Ya lo sabes.

—No lo sé. —Ahora no miento.

—Pues tía, haz memoria.

—Ian, ¿qué estás haciendo aquí?

Le veo dudar, mueve las manos nervioso, se rasca detrás del cuello, después la cabeza...

Y por fin lo dice.

—Roberta, te has cansado de lloriquear durante dos meses seguidos en cada conversación que teníamos.

¡No me jodas! ¿Está aquí por eso? Pienso. A ver si no va a ser el motivo y quedo como una idiota.

—Sigo sin saber el porqué de tu visita. —Vuelvo a mentirle.

—Un mes. Solo falta un mes Ro.

—¿Estás intentándome decir que vas a acompañarme a la boda de mi prima?

Me mira sorprendido. ¿Ha venido a eso, o no?

—Eso es, la boda de tu prima.

—¿Vas a quedarte aquí un mes entero hasta que se celebre la boda? —Lo miro intentando averiguar dónde se piensa quedar a vivir durante todo ese tiempo.

—Así es.

—¿Dónde vas a dormir hasta que te marches?

—Aquí.

Ah no, mi casa es diminuta y no cabemos los dos, ni de coña. Además, estoy segura de que no cabe en mi ducha. ¿Acaso cree que es de medida estándar? Pero si parece un gigante. ¿También le ha crecido el miembro? Golpeo mi cabeza para hacerme reaccionar, y así dejar de pensar estupideces.

—Ian llamando a Roberta —Chasquea los dedos varias veces frente a mis ojos—, ¿estás aquí? Creo que deberías de ir a un médico, ahora lo digo en serio —pronuncia preocupado.

—Aquí no cabes, mi cama es pequeña, mi ducha diminuta, y tu pene debe de ser ya enorme. —Me tapo la boca con apremio.

Ian solo se ríe, debo de hacerle gracia.

—Tranquila flaca, que he alquilado el piso de al lado.

Menos mal, porque no sé si lograría aguantar todo el día metiendo tripa como estoy haciendo ahora.

—Bueno, yo voy a tener que dejarte unas horas a solas, porque como no sabía que venías, tengo obligaciones que cumplir.

—No puedes dejarme solo ya, llevamos sin vernos muchos años. Cancela esos compromisos. Seguro que no son ni la mitad de interesantes que estar con tu mejor amigo.

Ya estamos de nuevo. Mi mejor amigo. Maldita palabra.

—Pues como no nací rica, ni con una mente privilegiada como la tuya, ni un cuerpo de infarto —me callo esto pero también como el suyo—, y tampoco tengo la sonrisa más atractiva del planeta, he de decirte que para pagar esta mierda de piso que me da cobijo, tengo que ir todos los días a un almacén a intentar venderles carritos de bebés a todas las mujeres embarazadas del universo. Porque aunque te pueda parecer exagerado, atiando al día a más de un centenar de señoras en estado de buena esperanza.

Ian levanta sus manos a modo de retirada y yo agarro mi bolso que cuelga del respaldo de una silla, me lo enfundo a modo de bandolera, y con un guiño de ojo salgo de mi casa dejándolo adentro.

—Te espero para la cena —dice justo cuando estoy cerrando la puerta.



Capítulo 4

Dulce Su

Ian

Me muevo inquieto por el apartamento de Roberta, curioso por encima un poco antes de salir y marcharme a la que será mi casa durante este tiempo en España.

Me detengo en el mueble del salón, al ver un montón de fotografías nuestras de hace muchos años, casi no recordaba las pintas que teníamos. Cojo uno de los marcos de fotos para mirar de cerca la foto donde estamos los dos, ella con un batido de fresa en las manos y yo sacándole la lengua. La dejo de nuevo sobre el aparador y al soltarla cae bocabajo y se descubre la parte trasera donde hay una anotación. Verano del dos mil y un corazón dibujado. Al verlo me da un brinco el estómago. Recoloco todo de nuevo y me marchó.

Entro a mi morada y me dejo caer sobre el sofá lleno de pelos de animal que seguro el propietario ha olvidado limpiar antes de alquilármelo. Doy un par de golpes sobre los asientos y una nube de polvo blanquecino me pone en alerta de que jamás este mueble ha visto un aspirador de cerca.

Suena el teléfono y lo saco de mi bolsillo para responder antes de que cuelguen.

Veó en la pantalla el nombre de Su. Suspiro y dibujo en mi rostro de manera instantánea una sonrisa.

—¿No duermes?

—No si hay algo más importante que hacer.

—Duerme —le ordeno.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta.

—No he podido —respondo.

—¿Cómo?

—No es fácil. Tal vez no se acuerde.

—Entonces ¿qué le has dicho? ¿Cuál es el motivo de tu viaje?

—La boda de su prima.

—Ian, ¿qué mierda es esa?

—Llevo sin verla años Su, no puedo llegar y decirle eso. Es raro de cojones.

—Pues tú verás, pero que sepas que has dejado todo aquí...

—Duerme. —Separo de mi oreja el teléfono para colgar.

—O se lo dices ya, o me recorro medio mundo para hacerlo yo. No pienso soportar más borracheras de lamentos. —Logro escucharla antes de colgarle.



Capítulo 5

Mi madre y sus cositas

Roberta

Ahora mismo no tengo yo la cabeza como para aguantar al teléfono a la insoportable de mi madre. Se ha empeñado en que le presente a mi prima y a mi tía mi novio. Ese novio imaginario que les ha colado que tengo. Es de un intenso que asusta. Ella siempre compitiendo con su hermana por todo. En esta ocasión se ha pasado un poco, la verdad. Además de que me pone en una tesitura un tanto delicada.

Vuelve a sonar la melodía de mi teléfono, la canción de Camila que lleva por título *Mientes*, que coloqué como tono a mi madre, me hace recordar que ella nunca deja de meterse en líos, y en esta ocasión también a mí.

Descuelgo finalmente después de intentar ignorarla por más de cuatro llamadas perdidas. Ella *no se da por vencido*. Ese es el siguiente tono de llamada que deberé ponerle cuando me canse de este que suena ahora.

—Estoy en el trabajo, deja de insistir de una vez, cuando pueda te devolveré la llamada —le digo de forma brusca. Con ella es así o te come viva.

—Roberta, haz el favor de escucharme.

—Mamá no tengo novio, será imposible que se lo presente a nadie —le digo cortante.

—Lo tienes.

¿Qué demonios está diciendo?

—Para de una vez. Mientes tanto que ya no sabes diferenciar la verdad de lo que no es, en ocasiones te llegas a creer tus propias mentiras.

—Ven a casa a cenar, ah y arréglate un poco por favor, no puedes causarle mala impresión.

—¿A quién tengo que causar alguna impresión?

Me exaspera.

—Pues a quien va a ser hija, a tu novio. —Está loca, creo que desde que mi padre se fue de casa perdió la poca sensatez que le quedaba.

—Deja tus invenciones, no voy a entrar en tu juego absurdo de niña de seis años que compite con su trastornada hermana.

—A las diez en casa. Sales a las nueve de la tienda, pasas por tu casa, te duchas, te arreglas un poco y vienes a casa de tu abandonada madre a hacerle compañía que está muy sola.

Esa es ella, cuando su primera opción no resulta, prueba siempre con la segunda. Dar pena.

—Mamá, por el amor de Dios...

—No te retrases, la ternera fría no vale nada —. Y colgó.

Y ahora ¿qué narices se supone que debo hacer? Tengo a Ian en casa esperándome para cenar, pero mamá no lleva bien que la dejen plantada. La última vez que ocurrió se tomó un frasco entero de pastillas, y llamó al 112 pidiendo auxilio. Cuando me llamaron del hospital me asusté mucho, y aunque a los días descubrí que lo que tomó fue *Aero red*, nunca se sabe si la próxima tontería puede llegar a ser una locura real.



Capítulo 6

Cena romántica para contarle el verdadero motivo de mi estancia en España

Ian

Escucho las llaves como golpean la cerradura de la puerta de Ro, y salgo a toda prisa para invitarla a pasar a mi piso. He preparado una cena estupenda imaginando que regresaría cansada del trabajo. Abro justo cuando está franqueando su puerta, y camina a paso decidido hacia el interior.

—Flaca, espera, la cena está lista —susurro para no asustarla.

—Oh, Ian, cuanto lo siento, debo ir a casa de mi madre. Le ocurre algo y me necesita.

—Te acompaño. Hace mucho tiempo que no sé de ella —Noto por sus gestos que me va a decir que no.

—No, será mejor que vaya sola. Tiene uno de sus días raros, uno de esos en los que la ficción se mezcla con la realidad.

No me queda más remedio que retirarme. Asiento con la cabeza y me despido con desgana mientras cierro la puerta de mi recién alquilado *pisucho*.

No puedo evitar sentirme jodidamente ignorado, he atravesado medio mundo para estar aquí con ella, y en cambio parece que a Ro no le importo lo más mínimo. No era eso lo que parecía cada día a través del teléfono, aunque sé que no es lo mismo dos horas de conversación diaria a tenerme pegado como una lapa todo el tiempo, pero joder acabo de llegar.

Me dejo caer en el sofá mugriento y cierro los ojos en un intento de dejar de pensar en lo que podríamos estar haciendo juntos si no se hubiese tenido que marchar.

Suena de nuevo el maldito móvil.

Descuelgo al ver en pantalla de nuevo el nombre de Su.

—Tía en serio, ¿esto va a ser así todos los días?

—Hasta que le digas a qué has ido hasta allí sí.

—Pues parece que se va a tener que retrasar, porque pasa de mí como de comer mierda.

—¿Acaso no me has hecho caso y le has preparado la cena? —me grita.

—Sí, pero se fue a casa de su madre, parece que tenía un brote o algo así me pareció entender.

Tras darme ánimos innecesarios por más de veinte minutos, Su se despide. Creía que nunca iba a poder deshacerme de ella.

Vuelvo a cerrar los ojos con la ahora más que intención de dormirme y esperar a que mañana sábado podamos disfrutar de un día juntos los dos, cuando escucho de nuevo las llaves moverse cerca de la puerta de Ro. No han pasado más de cincuenta escasos minutos, pero me ilusiono y salgo a su encuentro con la esperanza de que se lo haya pensado mejor y haya regresado a cenar conmigo.



Capítulo 7

Malditos ciclistas

Roberta

Me jode la vida tener que dejar a Ian solo cuando acaba de llegar de viaje, y además el motivo he sido yo, pero es que mamá es tan persistente cuando quiere algo que es mejor hacerle caso aunque sea solo por un rato.

Camino a paso ligero para llegar pronto a su casa y así poder convencerla de la mala idea esa que se le ha ocurrido esta vez de encontrarme un novio falso.

Miro el reloj y aprieto el paso para intentar llegar antes que el susodicho. Con suerte la convenceré y cancelará la cita.

Agonizo después de la carrera que me he pegado al cruzar más de tres manzanas de mi ciudad salvando semáforos a puntito de ponerse en rojo. Cuando por fin vislumbro el portal donde vive mi madre suspiro, y echando un ojo a mi muñeca para mirar la hora y asegurarme de que no he tardado nada, algo choca conmigo dándome un fuerte golpe en mi cuerpo que me manda al suelo en un segundo.

—Perdóneme, no la vi —oigo una voz, pero yo aún estoy bocabajo mirando los adoquines de la acera y lloriqueando.

—Maldito seas —espeto.

—Disculpe ,*milady*.

¿Se está cachondeando de mí? ¿De verdad acaba de decir *milady*?

Intento levantarme del suelo para ver la cara del estúpido que me ha atropellado con su... ¿moto, coche, camión?

—Espere la ayudo a ponerse en pie.

—Ni se acerque a mí, ya ha hecho suficiente atropellándome, ¿no tiene usted ojos en la cara? —Levanto la vista después de espolsarme toda la mierda que se me ha pegado a la ropa después de hacer la croqueta por el suelo y, una risilla se me escapa al verlo.

—Ya veo que está usted mejor *milady*, hasta es capaz de sonreír. Me marchó con apremio o de lo contrario no cumpliré con mi trabajo de manera puntual.

—Para ser puntual es mejor salir con tiempo de casa, no andar corriendo de un lado a otro y atropellando a los peatones con su vehículo.

—Disculpe *milady*, ¿de qué vehículo me habla? Además de que los dos tuvimos la culpa, no solo yo. Nuestros cuerpos chocaron, imagino que por despiste de ambos.

—¡Y una mierda! Me has atropellado con algo duro, fuerte, rígido, como si fuera de hierro —le inquiero.

Veo que niega con la cabeza mientras que yo miro a ambos lados de la calle en la búsqueda del maldito vehículo que conducía.

—Gracias por tan bellos cumplidos *milady*, me esfuerzo con mis ejercicios diarios. No, de verdad que hemos colisionado tan solo con nuestros cuerpos —termina de decir, y me guiña un ojo.

Seguro que está mintiendo para que no le denuncie por atropellarme.

—Lo que tú digas. —Recojo mi bolso del suelo para seguir con mi trayecto, bastante me estoy retrasando ya, pienso.

Cuando alzo mi cara para marcharme me sorprende al descubrir que ya no está el señor extravagante. Seguro que se ha ido a la caza de alguna que otra mujer a intentar ligársela con su método extraño de ir chocándose con ellas.

Encuentro la puerta del portal abierta y la atravieso con premura para no tardar más tiempo del que me ha hecho perder el estúpido de antes.

Subo a brincos las escaleras de los cuatro pisos que me separan de la casa de mi madre. Cuando llego a su puerta me freno y recobro el aliento dando unas cuantas bocanadas de aire para recuperar el pulso acelerado.

Llamo al timbre y espero a que me abra la puerta. Pego la oreja a la madera barnizada al escucharla hablar para intentar averiguar si está acompañada o tan solo han sido imaginaciones mías.

—Hola mamá, ya estoy aquí —La saludo nada más verla.

—Siempre llegas tarde hija —me reprocha.

—No te lo vas a creer —intento contarle lo que me acaba de ocurrir en la calle—, un imbécil me ha derribado justo...

No puede ser cierto lo que ven mis ojos. El imbécil está sentado en una butaca del salón de mi madre.

—Deja tus excusas para más tarde, te presento a Leo, tu novio. — Señala con su mano al imbécil de antes.

—¿Tú? —pregunto con cara de odio.

—*Milady*, qué gusto conocerla.

—¿Has visto qué educado es? —Mi madre parece que se ha dado un golpe en la cabeza y el poco sentido común que poseía se ha esfumado al completo.

—¿Quién narices es este payaso, mamá?

—Ya te lo he dicho Roberta, es tu novio, Leo.

—Mamá, no me fastidies, ¿no ves lo que yo veo? —Señalo al mamarracho que posa ante mis ojos.

—A que es increíble, nunca imaginé que hubiese hombres de esta índole y que estuviesen decididos a hacer algo así.

—Si me disculpa señora. —El mamarracho recién sacado de una película de risa se acerca a mí— *Milady*, encantado de conocerla, y de ser su novio —dice a la vez que se marca una reverencia frente a mí.

—Aléjate de mí, no te acerques o te daré una paliza.

—Roberta ¿qué modales son esos? —dice mi madre.

—Mira mamá esto no va a funcionar, asume que no tengo novio, que tu hermana te ha ganado por esta vez, que mi prima se va a casar antes que yo, y que nunca, jamás, en la vida, nadie se creería que este tipo es mi novio.

—¿Estás segura? —dice mi madre mientras se acerca a la mesa de centro y agarra un papel con su mano, lo levanta, y mientras se acerca a mí, lo pasea por el aire haciendo que mis ojos no puedan dejar de mirar.

—¿Qué es eso? —pregunto muerta de la intriga.

—Esto es un contrato, redactado por mí y cuñado por la notaría, donde dice que, si aceptas

este noviazgo, el que deberá ser totalmente secreto para todo el mundo, recibirás a cambio —se pausa—, toda mi herencia.

—¡Estás más loca de lo que imaginaba! —La miro con terror.

—¿Aceptas? Creo que existe un sueño estúpido dentro de esa cabecita estúpida de querer ser una famosa pintora de arte, y que sin mi ayuda jamás podrás intentarlo.

—Dame ese contrato que lo vea.

Ella tiende su mano y me lo entrega.

Lo miro, lo leo, lo vuelvo a leer, y cuando regreso mi vista a la cifra que recibiría en caso de firmar el maldito contrato, no puedo frenar un grito de sorpresa que sale del interior de mi garganta.

—¡Hostia! ¿Tú tienes todo este dinero? —La miro obnubilada todavía por el contenido de ceros de tal cifra.

—¿Firmas? —pregunta ella.

—Claro que lo haré, pero sobre todo para perderte de vista cuanto antes.

Le arranco el bolígrafo que sostenía entre los dedos y hago un garabato sobre el folio, se lo entrego y añado mirando al disfrazado.

—Intenta llamarme lo menos posible mientras dure esta tortura, por tu bien.

—No has preguntado cuanto tiempo es que debe durar.

—No está por escrito, así es que, durará lo que dure.

—Recuerda que una ruptura es cosa de dos —Mira a mi recién estrenado novio con una gran sonrisa en su cara.

—Entonces, ¿somos novios? —Sonríe también él.

—A partir de mañana hablaré contigo, hoy no te quiero cerca de mí, ¿lo entiendes?

Giro sobre mis pies en dirección a la puerta, cuando el mamarracho me detiene haciendo que dé un giro rápido, ya que me coge de la mano y me entrega una tarjeta.

—Buenas noches *milady*. Va a ser usted muy feliz a mi lado, ya lo verá.

—No seas estúpido, esto es un juego para ella, un trabajo para mí con el que ganaré dinero y, una gran tortura para ti. No te pases de listo.

Me marchó por donde sopla el aire fresco, cansada de un día duro de trabajo y ahora con un gran marrón a mis espaldas.



Capítulo 8

¿Como era el dicho?

Ian

Abro mi puerta con la esperanza de encontrarme con Ro, pero me sorprende una chica un poco más joven que ella, intentando abrir la puerta de la casa de mi amiga. Al verme asomado al rellano esta desiste en su intento de abrir y se gira hacia mí.

—¿Quieres algo?

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero.

—Ya, pero esa no es tu casa.

—Y tú que sabrás —responde con aires chulescos.

—Lo sé porque es la casa de Roberta.

—Mi prima, y para tu información ella misma me dio la llave de su apartamento para que pudiese venir siempre que quisiera.

Me relajo al escuchar que es parte de la familia y me acerco con la clara intención de ayudarla a abrir la puerta.

—Trae, te ayudaré con la cerradura. Mi nombre es Ian, soy amigo de Ro.

—¿Ian? Eres tú, eres Ian... —Me da un repaso poco disimulado y sonrío. Por su cara parece que le gusta lo que ve.

—Tu nombre es... —Hago un intento de que deje de mirarme así y que comience a hablar. Me siento como un donuts que va a ser devorado en cuestión de segundos.

—Yo soy Carmen. Encantada de conocerte Ian —Sonríe de nuevo.

—Pues ya está, puerta abierta —Empujo para que vea que puede entrar y a ver si con suerte de esta manera deja de mirarme así.

—Gracias por todo Ian —pronuncia justo cuando un golpe seco nos hace saltar casi del susto.

—Mierda.

—Te has quedado en la calle. —Se ríe al ver la escena.

—Muy graciosa. Me he quedado fuera, sí.

La puerta se ha cerrado con la corriente que ha debido generar el aire al abrir la suya.

—¿Tienes otras llaves? —me pregunta.

—No. Tendré que llamar al propietario para ver qué demonios hago.

—Pasa —me ofrece su teléfono invitándome a entrar con un movimiento de cabeza.

Y entonces caigo en la cuenta de que no tengo el número del casero.

—No voy a poder llamarlo. No tengo su número, está grabado en mi teléfono, y se ha quedado dentro de la casa.

—Bueno pues ponte cómodo, parece que tendrás que pasar la noche aquí.

Camino detrás de ella, y no sé por qué pero me da la impresión de que se mueve de manera muy extraña. Serán cosas mías pero diría que la coleta alta que anuda su pelo baila demasiado, y su culo se mueve de manera exagerada.

Me siento en el cómodo sofá mientras ella se adentra en la habitación de Roberta, cierra la puerta y después de unos minutos sale del interior con un pijama puesto.

—¿Vives aquí? —pregunto.

—No, solo he venido a pasar unos días, ya sabes, los nervios de la boda.

—¿Eres tú la prima que se casa el mes que viene? —me sorprende al escucharla.

—Claro que no. —Abre bien grande los ojos—. Es mi hermana la que se casa.

—Dijiste los nervios de la boda...

—*Puff*, en mi familia las bodas son una tortura, es como lo más importante del mundo. Y bueno, esta en especial es más estresante.

—¿Y eso? —indago.

—Pues porque mi madre y mi tía siempre están compitiendo por todo, y bueno, ahora que mi madre se ha enterado de que mi prima tiene novio, pues parece que el miedo a que se case ella primero la está volviendo loca.

Espera, ¿ha dicho que su prima tiene novio? ¿Qué prima tiene novio? ¿Se refiere a Roberta? No, ella no tiene novio, de ser así yo lo sabría.

Se sienta a mi lado y sin apartar la mirada de mi cuerpo en ningún momento me pregunta.

—Y tú, ¿tienes novia?

—Creo que debería de llamar a tu prima, puede que ella sepa o tenga el número de mi casero, al fin y al cabo es su vecino —. Intento separarme un poco, aunque me está ganado espacio en el sofá y la tengo ya casi pegada a mí.

De repente la puerta de la calle se abre y aparece Roberta, lo que me viene de perlas para dar un salto del sofá y ponerme en pie.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí? —Frunce el ceño.

—Estábamos conociéndonos un poco —dice pícara la prima.

—Mi puerta se cerró y me quedé fuera, necesito hablar con el dueño de la casa.

—Pues aquí no está, vamos yo no lo veo por ningún lado.

—Ay, prima parece que estás amargada, no le hables así, pobrecito, se le cerró la puerta por ayudarme a abrir la tuya —dice Carmen.

—Pues ya de paso me dices qué narices haces tú en mi casa. Las llaves te las di por si alguna vez tenías que venir a ponerle comida a los peces, ya sabes, por si te necesito.

—No puedes imaginarte lo que está pasando en mi casa prima, desde que mamá se ha enterado de que tienes novio —No deja de gesticular todo el tiempo—, mi casa parece un campo de batalla, están todo el día a la gresca.

—¿Cómo se han enterado? —la interrogo.

—¿Novio? ¿Por qué no me habías dicho nada? —pregunto desubicado.

—¿Debía de pedirte permiso acaso? Me ha parecido ver en tu cama a más de veinte mujeres diferentes estos dos últimos años —me responde señalándome con su dedo índice.

—Creo que os dejaré solos, tenéis algo de lo que hablar. —Se aleja la prima metiéndose en la habitación de nuevo.

Roberta mira a Carmen, y esta ajena a la mirada curiosa de su prima cierra la puerta sin mirar atrás.

—Todos los días viene a tomar café al bar de abajo.

—¿Qué dices?

—Tu casero, que mañana estará desayunando justo aquí, en el bar de abajo.

—¿Puedo quedarme esta noche aquí? —La miro, me mira, no responde.

Creo que me he perdido algo de la vida de Roberta durante el último año, quizá he estado muy pendiente de mí mismo y poco de ella. La veo diferente, como si me ocultase algo.

Camino en dirección a la puerta, sin cenar, y parece, que también será sin dormir esta noche.

—¿Se puede saber a dónde narices vas a ir?

—No me has respondido a la pregunta —le digo sin girarme.

—Creí que los amigos están para estas cosas.

No sé por qué pero la palabra amigos la ha pronunciado más fuerte de lo habitual.

Doy la vuelta y la veo sonriendo en medio del salón y señalando el sofá.



Capítulo 9

Una noche incómoda

Roberta

¿Has dormido alguna vez con un tío que te excita mucho? Pues yo no, no porque no he dormido nada, pero tengo justo a mi lado al hombre con el que desearía pasar el resto de mis noches. No he pegado ojo ni un segundo de la noche, porque además de tener en la cabeza todo el tiempo al señor extravagante que será mi novio a partir de mañana, ando nerviosa porque Ian ha llegado adrede para acompañarme a la boda de mi prima y no va a poder hacerlo. Tendré que asistir al evento con mi novio de mentira como se espera de mí.

Lo miro mientras él duerme, y no puedo evitar pensar en besar su boca, dudo por un segundo en si hacerlo, seguro que no se da cuenta ya que está profundamente dormido.

Me acerco con sutileza a su rostro, miro sus labios hinchados debido a que ha dormido gran parte de la noche boca abajo. Cojo aire para no respirar cerca de él cuando le bese, y justo cuando separo mis labios un poco para besarle, Carmen abre la puerta de mi dormitorio con un fuerte golpe y hace que Ian abra los ojos de inmediato.

—Flaca, ¿qué haces? —pregunta al verme tan cerca.

—¡Muerto! —Le propino un bofetón imitando matar un mosquito en su cara.

—¡Joder! hubiese preferido que me picase.

Se endereza sobre el sofá y añade algo más de peso en su lado, lo que nos obliga a caer al suelo al inclinarse el sofá cama.

—Ay, ay, ay —pronuncio mientras ruedo sobre él.

He aterrizado sobre mi amigo y nuestras caras ahora están más cerca que antes del asesinato del mosquito imaginario.

—Flaca, parece que te gusta mucho estar cerca de mí —pronuncia socarrón.

Si él supiera lo que lo ansío.

—No digas tonterías, seguro que lo has hecho aposta para sentirme sobre tu cuerpo.

Veo como su rostro comienza a cambiar de tono, pero no dejo de mirar sus ojos alternándolos con su boca. Y de pronto empiezo a notar que una parte de su cuerpo se hincha. Yo abro mucho los ojos y él dibuja una sonrisa en su preciosa cara, con la que ahora soy yo quien tiñe sus mejillas de color rojo.

Un carraspeo nos devuelve al lugar real donde estamos.

—Buenos días, espero que hayáis podido dormir, porque lo que soy yo, ni ojo he pegado esta noche. Vaya colchón duro que tienes prima —se queja la okupa.

—Como un tronco —responde Ian—, buenos días —añade después.

—Si le digo que el colchón lo encontré en el contenedor hace dos semanas, ¿qué crees que pasaría? —pronuncio bajito.

—Pues que evitas que se vuelva a quedar a dormir —Me guiña un ojo.

—Creo que también podría darle un paro cardíaco —Rio.

—Y ¿qué crees que sucedería si tu novio nos viese en esta postura? —Su mirada escudriña mi rostro.

—No es ese tipo de relación —digo mientras me levanto.

—¿Relación abierta? —pregunta.

—No, me refería a que no es celoso.

—¿A qué esperabas para contarme que tienes novio?

—Se me olvidó.

—¿Se te olvidó decirme que sales con alguien en serio?

—Bueno, ¿qué más da? Tampoco dista tanto de tus ligues.

—¿Acaso no ves la diferencia? Lo mío es cada día con una, lo tuyo, siempre con el mismo.

—Es mejor, así me aseguro de que no me pegará ninguna enfermedad venérea.

—En serio —Me agarra de la muñeca y me mira a los ojos— ¿Cómo de formal es? —pregunta.

—Pues no sé. No lo había pensado de esa manera.

¿Está celoso? ¿Ian celoso? O solo molesto porque no le he contado nada...

—Prima me marchó a casa, aquí veo que tenéis demasiado de lo que hablar —dice mientras recoge sus cosas—. Ian si no tienes nada que hacer, esta noche trabajo en el pub de Jos, imagino que sabes cual es...

—No.

—¿No? Pues es el más conocido de la ciudad.

—He dicho que no, que no iré.

Ian está enfadado.

Me despido de Carmen, y después de ir al baño a asearme bajamos a desayunar para recuperar las llaves del apartamento.

Al rato, y después de que mi amigo ya pueda entrar a su piso le propongo quedar para presentarle a mi novio. No parece que le haga mucha ilusión, pero acepta y me avisa a la vez de que si no le gusta el tipo, así es como lo ha llamado, se lo hará saber de inmediato. Yo no he podido dejar de reír cuando ha añadido qué, en ningún momento va a permitir que arruine mi vida con un tipo que se crea un Don Juan pero que parezca un payaso. Y es que cuando Ian vea a mi novio, no va a poder cerrar la boca.







Capítulo 10

Momento de presentaciones

Ian

A ver con lo que me sorprende hoy Ro, espero que no sea un ciclado de esos que toman esteroides a cada rato, o de los que visten dos tallas menos, o al menos que no coma con la boca abierta y tenga un mínimo de educación. Sin olvidarnos de que no voy a permitir que la llame por apelativos cariñosos delante de mí.

—Joder, Ian, ¿te estás escuchando, acaso has perdido la poca sensatez que tenías antes de que el avión aterrizase en España?

Me repito frente al espejo que debo de mantener el control, una y otra vez.

Abrocho mi camisa, arremango mis puños hasta medio antebrazo, y doy media vuelta para salir por la puerta y encontrarme con Roberta. Hemos quedado con el notas de su novio en el restaurante. ¿Será de los que se hacen esperar? Si es así ya pierde puntos con mi amiga, ella odia la impuntualidad tanto como los cuadros de imitación.

Cierro tras de mí la puerta y escucho abrir la suya al momento.

Giro mi cuerpo y la veo, veo a Roberta como antes nunca la había visto. Acostumbrado a darnos los buenos días, o las buenas noches a través del teléfono, ya no recordaba lo que era verla como una mujer despampanante, y que no solo viste en pijama.

—Estás preciosa —Le tiendo la mano.

—Calla, tonto.

—Es cierto flaca, estás muy guapa.

—Vas a hacer que me ponga colorada si sigues diciéndome todo eso.

—Yo solo espero que el tipo con el que sales sepa apreciar lo que yo veo.

—Tranquilo, te va a caer genial, ya lo verás.

Caminamos un buen paseo hasta llegar al restaurante. Le he preguntado varias veces si quería que la llevase a caballito, porque viendo la altura de sus tacones he pensado que tendría los pies machacados. Y ante la negativa de ella, cuando nos faltaban unos escasos metros hasta la entrada, la he cogido desprevenida y la he levantado entre mis brazos. Que ¿por qué? Pues había un tipo en la puerta que he supuesto que sería su novio, y me he visto obligado a marcar el terreno. Necesito que vea, que yo, Ian Lauson, estoy aquí.

—Suéltame, Ian ya te he dicho que estoy bien.

—Está claro que no es posible que tus pies no se quejen después de más de media hora caminando sobre esas máquinas de tortura.

—Eres imbécil, ¿te duele a ti el pecho al finalizar el día? —pregunta desconcertándome.

—¿Por qué me iba a doler?

—Esa camisa oprime tu caja torácica, los botones están a un tris de sacarme un ojo cada vez que te pones frente a mí —Nos reímos los dos.

Es tan guapa cuando sonrío.

—Bueno, veo que tu novio es un poco impresentable, mira que hacerte esperar aún sabiendo que estaría yo...

—No, que va, está dentro esperándonos. Llegó hace algo más de diez minutos.

Mierda, golpe bajo.

Ro le anuncia al camarero de la entrada el nombre de la reserva y él nos invita a acompañarlo. Ella camina detrás y yo la sigo con impaciencia.

—Que tengan una agradable velada, señores —dice el camarero y se retira, dejándome a la vista al ser que mi amiga ha elegido como compañero ¿de vida? —Buenas noches, muchas gracias Ed—. Pronuncia el caballero ¿Inglés?

Mi cara debe de ser un cuadro de Picasso porque mi amiga, la que tengo justo a mi lado todavía, me arremete un codazo en las costillas para que reaccione de una vez.

—¡Auch! —Me quejo.

—Hola mi bella dama —dice el ¿caballero?

¿Pero de donde coño ha salido este tipo? Debe de ser una broma por que yo diría que al tipo este lo acaban de sacar de un rodaje de Sisi Emperatriz.

Se acerca a ella y después de besar el dorso de su mano, le da un ligero beso en la mejilla. ¿en serio?

—Ian, él es Leo. Viene desde Inglaterra, aunque lleva aquí algo más de tres años.

—Quién lo diría, tres años...

Me acerco para darle un apretón de manos, y me llama caballero mientras que aprieta, diría yo, más de la cuenta.

—Usted es Ian, el mejor amigo de mi prometida, espero que podamos ser grandes camaradas.

—¿Prometida? —Miro a Ro—. ¿También se te había pasado decirme que te vas a casar?

Ro se encoge de hombros.

No he abierto la boca durante toda la cena, poco más que pedir mi plato y que insistentemente me rellenaran la copa de vino. Estoy desorientado al completo. Aunque el cometido por el que he movido mi mundo hasta España está más que claro que ha sido una equivocación.

—Necesito ir al baño, ¿me disculpan? —anuncia el caballero Inglés.

Lo miro caminar y no solo parece que le hayan metido un palo por el mismísimo trasero, además es como si le hubiese dado una tortícolis, no mueve el cuello lo más mínimo.

—Solo dime una cosa, ¿es una broma, un actor tal vez?

—Ya sé que es diferente, pero solo has de ver cómo me trata.

—Cómo si fueras una dama, ya, eso lo he visto.

—¿No es divino?

—¿Sabe en qué siglo estamos?

—Ian, es un caballero, por eso habla así.

—No, lo que es, es medio retrasado. Haz el favor de pedirle que deje de llamarte *milady*, o a la siguiente se lo digo yo, y te aseguro que mis modales no serán comparables a los suyos.

—Parece que te molesta verme feliz, Ian. Jamás te dije nada sobre todas esas mujeres que amanecían en tu cama, todas a las que yo, tu amiga, les he ido viendo el trasero mañana tras mañana. ¿es que no quieres que sea feliz? ¿Solo puedes serlo tú? ¿Es eso, verdad? Tú, el chico triunfador, el que tiene una amiga que siempre estará ahí escuchando todos sus logros. Una amiga a la que no le va nada bien la vida, y de esa manera estará siempre para él.

—¿Qué estupideces estás diciendo?

—Pues eso, que tú con tu maravillosa vida de escritor forrado, vienes aquí ¿a qué? —Se acerca a mi rostro para no gritar.

—Yo solo he venido...

—¿A qué? Dilo claro Ian Lauson.

No puedo, no puedo decirle que he venido por ella. Por ella y nada más que ella. Por que no puedo dejar de sentir que la necesito a mi lado a cada rato, por que ya no me sirven sus llamadas, ya no quiero verla a través de una diminuta pantalla de teléfono. No, ahora quiero olfatear su perfume, apretarla fuerte entre mis brazos hasta que se queje y me pida que la suelte. Quiero besarla, quiero tocarla, quiero que sea mía. Solo mía.

—No lo sé —digo finalmente.

—Yo te lo diré. Has venido a recordarme que soy una perdedora, a enseñarme lo bien que te va la vida en Los Angeles, a que sienta vergüenza de mí misma comparando nuestras vidas, has venido a hacerme un favor, porque imagino que también me ves incapaz de encontrar a alguien que me acompañe a la boda de mi prima.

—No, Ro... —intento acallarla.

—Pues ya ves, tengo un novio, además es todo un caballero, y sabe cómo tratarme.

—¿Me he perdido algo? Había un desastre en los aseos, tuve que esperar a que lo resolvieran.

Qué forma más bonita de decir que estaba cagando... Hasta para eso es un caballero.

—Todo bien Leo, creo que se ha hecho demasiado tarde, deberíamos marcharnos —dice Roberta.

—Estupendo, pediré la cuenta.

No es un caballero solo con Roberta, además de pagar la cuenta, me ha pedido un taxi para que pudiese regresar al apartamento sin ningún inconveniente. Ellos se han marchado en otro taxi, al parecer mi amiga esta noche no va a dormir en su apartamento. No puedo decir que me alegre por ella.



Capítulo 11

Las cosas claras

Roberta

Creo que me he pasado con Ian esta noche, pero es que no puede pretender que yo siempre esté ahí, escuchando todo lo bien que le va en la vida, y que ahora que ve que yo puedo ser feliz —por que él no sabe que esto es una mentira—, se rebote de esta manera.

De camino a, no sé dónde, el individuo que tengo sentado al lado en el asiento del taxi pone una mano sobre mi pierna.

—Aparta esa manaza o te la corto.

—Qué agresiva es usted *milady*, debe de contener sus emociones. Le ayudará también en otros temas —Me guiña un ojo.

—Deja tu palabrería barata conmigo, a mi madre la habrás convencido de esa manera, pero ya te informo que conmigo no funciona.

—*Milady*, este es un lenguaje con el que le muestro todo mi respeto, no se sienta en deuda, entiendo que no en todos los hogares la educación es la misma ni está a la altura.

Me está tocando los huevos y va a encontrarse con mi puño si continúa por ahí.

—Llámame Roberta, si quieres con Ro estará bien.

—Ese es un nombre por el que cualquiera puede llamarla, véase la diferencia conmigo. Usted elige, o *milady*, o también puedo acostumbrarme a: mi amor, mi dulce flor, mi amada, prometida o incluso como ustedes se denominan en ocasiones, caramelito, churri, o corazón.

Hágamelo saber.

—Vamos a dejarlo en *Lady*.

—Más fácil.

—¿Dónde me llevas?

—A mi apartamento, estaremos tranquilos y podremos conocernos un poco más.

—Debes de verme cara de tonta.

—Tiene usted una cara preciosa, jamás había salido con una dama de su belleza.

—Leo, para. Dile al conductor del taxi que de la vuelta y que me lleve a mi casa.

—¿Está usted segura?

—Mira, me estás cansando, no sé si es tu plan y que me rinda e incluso me case contigo para sacarle más pasta a mi madre, pero ya te vaticino que como me cabrees mucho te doy una paliza.

—Señor, llévenos a la dirección donde la señorita le va a anunciar —Me hace un gesto con la mano para que hable.

Entramos en mi calle, me descalzo aún dentro del taxi, porque aunque le haya dicho antes a Ian que no me dolían los pies, es mentira, me duelen horrores.

—Buenas noches Leo, mañana te llamaré.

—Buenas noches *milady*, descanse. Y no abra la puerta a nadie.

—Ya soy mayorcita, puedes estar tranquilo que no suelo abrir a desconocidos.

—Lo decía más bien por conocidos. He podido observar durante la gran velada, que cierto hombre no apartaba la vista de usted. No me gustaría retarme en duelo, ya sabe.

Esto último me obliga a reír a carcajadas, salgo del taxi y Leo me roza la pierna haciéndome que dé un respingo al erizarme la piel.

—No vuelvas a hacerlo —le digo contrariada.

—Debemos ir acostumbrándonos a tocarnos, no resultará nada creíble mantener las distancias. ¿Usted no quiere el dinero?

No respondo. Cierro la puerta al bajar y camino hasta el portal.

¿Por qué ha dicho eso de Ian?

Roberta no le hagas caso a este chiflado, que ya ves como viste. Puedo pasar por alto lo del vocablo, lo que vamos a tener que resolver será el vestuario, no puedo presentarlo a mi familia vestido con el atrezo de una obra de teatro. Mis primas se descojonarían de él, bueno, y de mí.



Capítulo 12

De compras

Ian

—Es un tipo raro, raro y a la vez encantador, Su. No tengo con qué competir. Tiene una de esas bellezas con las que no son necesarias grandes esfuerzos.

—¿Puedes ser más claro? —pide Su desde el otro lado del aparato.

—Pues que es guapo el cabrón. Es un tío alto, diría que casi más que yo, tiene un porte recto, ni muy musculado ni un tirillas, un pelo denso, castaño, unos ojos expresivos, con los que le lanza miradas llenas de deseo, y una boca deliciosa.

—Ian ¿te gusta? —Se ríe Su.

—Eres muy graciosa. Es que no tiene defectos tía, es un diez de hombre. Además también está lo otro.

—Lo otro es lo de menos, tú también tienes pasta como para tener cochazos.

—No me refiero a eso, creo que no tiene coche. Se fueron en taxi.

—¿Entonces?

—La trata como si fuera única.

—Oh, vaya. Pues entonces lo tienes jodido. Si tú te has dado cuenta de eso, Ian, estás bien jodido.

—Gracias Su, no sé todavía para qué te he llamado.

—Pues te lo digo yo. Me has llamado para que te diga que tienes que acercarte a su prima, esa que pareció interesarse por ti. Tienes que hacer que te invite a esa boda, sea como sea.

—¿Para qué? ¿Pretendes que vea al amor de mi vida más tiempo del necesario? ¿Que me duela más de lo que pueda soportar?

—Ian solo tienes una carta. O te la juegas o regresas a Los Angeles ya.

—Está bien. ¿Para qué quieres que vaya a esa boda?

—Pues si no estoy equivocada contigo, eres un hombre listo. Si has atravesado medio mundo por esa chica es que has debido ver por alguna parte un atisbo de interés en ti. Si es así, se va a volver loca de celos cuando te vea con otra mujer.

—Brillante. Si estuvieras aquí te besaría.

—No me gustan los tíos, ¿lo recuerdas?

Rompemos a reír juntos y cuelgo la llamada para hacer otra.

—Hola dormilona, ¿interrumpo algo? —pregunto.

—Sería mucho mejor que vinieras con el desayuno por las mañanas aprovechando que estás tan cerca, que seguir imitando a aquel chico que me da los buenos días desde Los Angeles.

—Pensé que estarías acompañada.

—Anda dame cinco minutos que vaya al baño y ven a casa —. Hace un silencio— No sin desayuno.

Le he dado tiempo suficiente para que se prepare.

Toco con mis nudillos sobre la puerta, y al hacerlo esta se abre. Al parecer ya la había dejado entornada para mí.

Paso un poco más allá del recibidor y escucho voces de dos personas, una la de Ro y la otra... ¡Maldición! ¿Qué demonios hace este aquí, han dormido juntos?

—Aquí traigo café —anuncio con tono indiferente para aparentar que no me importa.

—Era broma Ian —dice Roberta—, no tenías que traer nada.

—Yo mismo horneé cruasanes esta mañana, deben estar todavía calientes —dice mientras hace una leve inclinación de cabeza, y continúa con—, tienes café recién molido en la cafetera.

Vaya con don perfecto.

—Pensé que estaríamos solos —Miro a Roberta.

—¿Le molesto? —pregunta el lord.

Le ignoro. Pues he venido a desayunar con mi amiga y el tipo este no me fastidiará los planes.

—No seas descortés, Ian. Mira todo lo que ha hecho Leo para el desayuno, ¿no te parece increíble?

—¿Es la primera vez que te hacen un desayuno? —inquiero.

—Uno como este sí.

Ignoro la respuesta y voy a lo que realmente me interesa.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —les pregunto a ambos.

—Dos meses —responde Leo—. Miro a Roberta que a la vez ha dicho —. Dos semanas.

—Algo claro tengo, que han sido dos, pero ¿dos meses o dos semanas? —Los miro y en la cara de Roberta noto cierto... ¿nerviosismo?

—Pues no es tan importante, dos semanas, dos meses, dos años. Lo que de verdad importa es que nuestro amor continúa creciendo —Leo se acerca a Ro y le besa en la mejilla.

Yo me sorprendo al darme cuenta de que mi mandíbula se tensa, y mis puños también, a la vez que mis cortas uñas, a pesar de llevarlas muy cortas se clavan en las palmas de mis manos.

—¿Estás bien, Ian? —pregunta Ro.

—Lo siento, acabo de recordar que debo mandar el manuscrito a la editorial antes de las doce —miento y salgo del apartamento.

Entro de nuevo al mío y llamo a Su, preciso de su calma, su sabiduría, la necesito aquí. Eso es, necesito que sea ella.

La conversación no resulta como imaginaba en mi mente, pero a pesar de su negación continúo intentándolo.

—Eso no resultaría, recuerda que me gustan las mujeres, no habría nada de atracción entre tú y yo, y eso cariño, se nota desde fuera.

—Qué mierdas, tú solo dejame que te coja de la mano, que te bese el cuello, todo lo haría yo. Confía en mí —le suplico.

—Mi plan era que asistieras a la boda con la prima, conmigo no puedes ir a esa boda.

—A la mierda la boda, falta un mes, no aguanto un mes aquí viendo como el farsante ese la hipnotiza con sus mentiras —grito.

—Como tú quieras, puedo estar allí en dos días. Ves preparando el camino.

Colgamos, y como si hubiera corrido una maratón de más de cincuenta kilómetros, me dejo caer sobre el sofá cochambroso y cierro los ojos para intentar hacer que pasen estos dos días lo antes posible.

Pego un buen salto como si me tratase de un resorte al escuchar el timbre del apartamento. Camino con paso decidido esperando encontrarme al perfecto novio de Ro tras la puerta, pero nada más abrir el rostro que veo es el de Carmen, la prima de mi amiga.

—No viniste —Me señala con su índice.

—Hola, ya te dije que no iría —agito mi dedo mirándola.

—¿Me invitas a una *Cola*? —pregunta invitándose ella solita a mi casa.

—Tengo algo de prisa.

—¿Ah, sí? ¿Llegas tarde al trabajo? —Se gira sonriente y camina de espaldas hasta el interior de mi apartamento.

—Está bien, pasa —le digo absurdamente, pues ya está dentro.

—Necesito tu ayuda, tengo que quitarme de encima a mi madre, no para de insistir en que me busque pareja para la boda de mi hermana, ya te conté lo pesadas que son las mujeres de mi familia en este tema...

No puede ser verdad lo que me está pidiendo.

—¿No tienes un amigo que te quiera hacer el favor? —pregunto mientras le saco un refresco de la nevera.

—Necesito una pareja de verdad, ya sabes —Sonríe socarrona.

—Tú y yo no somos pareja —Le entrego la bebida.

—Eso se puede arreglar —Sujeta mi mano al agarrar el vaso.

—Mira, Carmen, eres una mujer preciosa, y seguro que en otra ocasión de mi vida no dejaría pasar este tren, pero lo siento.

—¿Es por mi prima?

—¿Qué dices? Roberta y yo somos solo amigos.

—Ya, por eso te has cruzado medio mundo...

—Tengo novia, ¿sabes?

—Vaya... —Suelta de pronto mi mano y se levanta de la silla.

—De verdad, eres muy atractiva y dudo mucho que tengas ningún problema en encontrar una presa.

—¿Qué?

Mierda, lo he dicho.

—Pues eso, que con ese descaro no habrá hombre que se te resista.

—Eres idiota —pronuncia, y sale del apartamento arremetiendo un portazo que hace temblar el edificio.

Voy tras ella, creo que me he pasado, estoy tan sobrepasado por el día de hoy que no he tenido nada de tacto con ella.

Al salir al rellano encuentro a Roberta frente a mí en el umbral de su puerta. Ha debido salir buscando explicación al estruendo. Habla con su prima, la que solloza mientras mi amiga la mira.

—Estáis hechos el uno para el otro —nos grita a ambos Carmen.

—¿Qué le has hecho? —me ataca Roberta.

—¿Yo? —respondo confuso.

—Miraos, los dos escondiéndooos el uno al otro que tenéis pareja, sois muy extraños. Es como si escondierais una infidelidad. ¿Y vosotros os llamáis amigos? —Nos grita y se marcha corriendo escaleras abajo.

Yo miro a Roberta, ella me observa con mirada inescrutable. No sé en qué piensa, no se mueve, dudo en si acercarme hasta donde se encuentra y explicárselo todo. Decirle toda la verdad, el plan por el que vine hasta España, y que ya no puedo llevar a cabo.

Muevo un pie, después el otro, ella sigue parada, observándome, pero cuando mis pies actúan de manera automática, Leo sale en su búsqueda y yo ceso mis pasos.

—¿De dónde provienen los gritos, *milady*? —le pregunta agarrando su cara.

—Mi prima se ha enfadado con Ian, pero ya está, se marchó, y nosotros también tenemos que irnos o nos cerrarán todas las tiendas —le responde, pero por alguna extraña razón no deja de mirarme a la cara mientras lo hace.

—Hasta luego, digo antes de cerrar la puerta y me meto cual topo en su madriguera.



Capítulo 13

Unas medidas de escándalo

Roberta

De camino al centro, no puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Carmen. Ian tiene pareja. Yo sintiéndome como una sabandija por este teatro que debo llevar a cabo, y él ocultándome que tiene novia. ¿Cuál de todas será, la rubia, la morena, la de los tatuajes en la espalda, la de las tetas operadas, será esa modelo que repitió dos noches seguidas en su cama, o aquella vecina que entró a por sal y se comió el salami? No importa, ya no importa, está claro que no es tan amigo como yo imaginaba. Debe ser que lo he idolatrado, que al estar tan lejos, lo único que veía eran sus virtudes, y no esos defectos que todos tenemos.

—Está bien, *milady*, me resulta muy complicado hacer de su novio si ni tan siquiera responde a mis preguntas, no me está escuchando.

—Sí que lo hago.

—No. Acabo de preguntarle si le gusta ese atuendo para la boda de su prima al pasar por aquel escaparate, y me ha dicho que, está bien.

—Pues si está bien, es que está bien.

—Vayamos y se lo prueba —Me agarra de la mano y tira de mí en dirección a la tienda.

—¿Por qué nos paramos?

—Ya hemos llegado.

—No hemos llegado.

—Sí, lo hemos hecho.

—Pero esta es una tienda de...

—Exacto, de animales.

—Perdóname, tengo que ser sincera, estoy descentrada al completo.

—Y, ¿a qué se debe eso?

—He caído en la trampa de cupido.

—No existe, *milady*.

—Vaya que sí.

—Le aseguro que no, míreme, más de cuarenta años y jamás me flechó el bebé volador.

—Yo estoy enamorada de Ian, y tú lo has complicado todo.

—Lo sé, lo he notado. Y si le soy sincero, *milady*, ya he calculado los resultados.

—¿Qué has calculado?

—Podemos seguir como estamos, incluso puede enamorarse de mí, si le ha funcionado con el hombre mediocre ese, estoy convencido de que le será fácil.

—No me estás escuchando, te digo que ya estoy enamorada de alguien, y ese alguien es Ian.

—Boberías, le aseguro que en un par de horas no le resultará tan complicado lo nuestro.

—Y el otro resultado que has calculado, bicho raro...

—En ese los dos perdemos, ya sabe, perdemos mucho dinero.

—De ninguna manera, no voy a perder la oportunidad de dejar a mi madre en la ruina, quiero todo su dinero.

—Pues entonces ya puede ir olvidándose del jugador de rugby, *milady*.

Se acabó la conversación y nos ponemos de nuevo en marcha.

Entramos a una boutique de ropa de señora para elegir el disfraz para la boda de mi prima. Si por mí fuese llevaría el mismo traje con el que he asistido a las bodas de los últimos diez años, pero al ser las dos últimas de mi familia me veo obligada a comprarme uno nuevo.

Ojeo en la tienda todos los vestidos que lucen colgados de sus perchas y posados en los maniqués.

—Pruébese este —Se acerca Leo con una ligera tela color rosa chicle entre sus manos.

—¿Por qué este?

—Estoy convencido de que le sentará como un guante *milady*.

Se lo arrebato de las manos y camino hasta el probador donde me convenzo a mí misma de que por alguna extraña razón, el menda este sabe de mujeres, pero de lo que más sabe es de poner celoso a Ian, y solo por eso sé que si él cree que me sentará bien, yo voy a comprobarlo.

Me peleo con el enfajado vestido durante un par de minutos. No quiere subir por mis caderas con facilidad y tengo que hacer uso de mis uñas para agarrar la fina tela e ir subiendo centímetro a centímetro el vestido por mi cuerpo.

Después de la lucha épica en probadores salgo descalza al exterior de la tienda, y una joven dependienta me tiende unos zapatos de salón para que pueda ver mejor el efecto del maravilloso vestido enfundado elegido por Leo.

—¡Bravo, *milady*! Está usted espectacular. Será la envidia de la boda —dice mientras me repasa de arriba abajo y da suaves golpecitos con su dedo sobre sus labios.

—Me alegro de que te guste —pronuncio con ironía y doy media vuelta con la clara intención de regresar al probador y sacarme la funda que llevo puesta, pero los zapatos prestados no acoplan en mis pies como debieran y bailo sobre ellos durante un rato hasta que pierdo el equilibrio al completo, y como consecuencia, caigo sobre el duro parquet de la tienda golpeándolo fuertemente con mis rodillas.

—*Milady* se ha puesto nerviosa con el piropo —dice mientras me agarra por detrás de la cintura con un gesto poco apropiado viniendo de un caballero.

—Suéltame —rebufo.

—Solo intento recogerla del suelo, *milady* —Mantiene sus manos en el mismo lugar.

Giro el cuello y lo miro desafiante con el propósito de propinarle un bofetón si no aparta sus manos de mi cuerpo.

—No te lo repetiré una segunda vez.

—Como quiera *milady* —Noto como separa sus dedos de mí y una extraña sensación me deja desconcertada.

¿Acaso prefería tener sus manos sobre mí?

Agito la cabeza para desechar ese estúpido pensamiento, me enderezo y me sacudo las rodillas masajeándolas después para aliviar el dolor producido por el golpe.

Salgo del probador ya cambiada de ropa dirección a la caja para abonar el vestido que llevaré en la boda de mi prima.

Apoyada sobre mis codos sobre el frío cristal del mostrador Leo se acerca a mí, y me susurra al oído algo que me eriza la piel.

¿Me gusta? ¿Me ha gustado que me diga eso? ¿Es todo una actuación, o le parezco que soy preciosa de verdad?

—Ahora solo falta tu ropa —añado cuando guardo la cartera dentro de mi bolso y me lo cuelgo sobre mi hombro para reanudar la marcha.

—No es necesario *milady*, yo iré como habitúo a hacerlo.

—Ah no, eso no es posible. No puedes ir vestido como un domador de leones de un circo, ¿lo entiendes, verdad?

—*Milady*, mi ropa es esta. No acostumbro a vestir de otra forma, ¿lo entiende?

—Déjame al menos intentarlo. Acompáñame a una de las tiendas que hacen los trajes de chaqueta más elegantes para cualquier evento, por favor —Pongo ojitos de gatito.

—Está bien, pero no se haga ilusiones, solo iré a verlos. Debe entender que tengo mi estilo propio. Un lord no puede perder su atractivo nunca.

Resoplo y camino hacia “la tienda“, de la que estoy segura le va a gustar lo que tengo que enseñarle.

Leo ojea desde la entrada la boutique de caballero de la que acabamos de traspasar la puerta, es un elegante establecimiento y se encuentra diseñado especialmente para satisfacer las necesidades de moda y estilo de los hombres más caprichosos. Desde el momento en que entras, te reciben dos señoritas con una taza de té y además el ambiente es sofisticado y acogedor. Dudo mucho que no se sienta cómodo aquí dentro.

El diseño interior de la boutique está cuidadosamente pensado para reflejar la elegancia y la masculinidad, es el rollo que él lleva todo el tiempo. Palito metido por el culo. Así es que no creo que a Leo le parezca insultante que lo haya traído hasta aquí. La tienda se viste entera con una combinación de tonos oscuros y muebles de calidad. Los estantes están repletos de prendas de vestir y accesorios cuidadosamente seleccionados para los caballeros modernos y exigentes. Bueno, quizá con lo de modernos he patinado un poco...

—Veamos *milady* qué es lo que me pueden ofrecer aquí —dice Leo con tono burlón.

—Vaya, qué sorpresa, jamás pensé que accederías a probar nada que no saliera de tu armario de estirado.

—No me rete mi bella dama, que me marchó rápido.

—Calla calla, era una broma.

De manera instintiva le agarro por la mano y lo arrastro a la zona donde los trajes de chaqueta modernos descansan sobre las perchas.

Él se frena delante de ellos, me mira, los mira, me vuelve a mirar, frunce el ceño, después levanta una ceja, me regresa la mirada, vuelve a fruncir el ceño, me pongo nerviosa, le doy un codazo para que se accione y de manera sorpresiva aprovechando la cercanía en la que estamos colocados frente a las perchas, me toma de la mano.

—Está bien, ya lo he entendido, tú accedes a vestir así por mí y yo a cambio tengo que dejar que me toques.

—*Milady*, lo dice usted como si yo fuese un depredador sexual, la hubiera raptado, secuestrado o no estuviera mínimamente interesada en mí.

—Borra esa estúpida sonrisa de tu rostro. No me interesas lo más mínimo. Ya te he dicho lo que siento por Ian.

—Habla usted demasiado.

¿Perdona? Yo hablo demasiado, dice. Pues no soy ni la mitad de romancera que él. Que si *milady* por aquí, *milady* por allá...

Selecciono unos cuantos trajes para que entre a probadores con ellos. Corre la cortinita que nos separa el uno del otro. Él dentro, yo fuera.

Después de unos minutos, y de acallar sus quejas, escucho una voz algo más clara.

—Necesito su opinión ¡honesta! ¿Qué le parece este traje?

Lo miro, lo remiro, porque joder, está como un pastel de esos que le hago a Ian todos los años por su cumpleaños. Mierda, Ian, ¿en qué narices estoy pensando yo ahora? Ian, Leo...

—Déjame ver —Me quedo pensativa durante un momento, porque el tío raro este está muy follable.

—¿No le gusta *milady*?— intenta averiguar con su mirada.

—Todo lo contrario. No pareces tú.

—Y eso, ¿es bueno? —pregunta.

—Mucho —respondo.

—No quiero parecerme a otra persona, ¿entiende lo que quiero decir con eso, *milady*?

—No te pareces a nadie Leo, eres tú pero bien vestido.

—Roberta, ¿mi forma de vestir no está a la moda para usted? —pregunta ladeando la cabeza.

—Deberías saber que la moda es cíclica. Solo que tú la has hecho detenerse en el tiempo.

—Sabe, un día entenderá la moda y apreciará mi valentía al usar algo diferente. Pero, por ahora, me conformaré con agradarla en la boda de su rival.

—Espera espera, no es mi rival, que quede bien claro que mi prima y yo no tenemos nada que ver en las chaladuras de mi tía y mi madre.

—Está bien, lo intentaré recordar.

Entra de nuevo al probador, y cuando sale lo hace vestido con un traje en esta ocasión de color azul, calzado con unos zapatos marrones, cinturón a juego y camisa blanca. Dios mío creo que se me nota en la cara lo que pienso, y es que está guapísimo.

—Bueno, es bastante simple. Solo necesito ponerme esta prendas y de repente... ¡voilà! Caerás rendida ante mi encanto irresistible.

—Empiezas a sonarme un poco creído, Leo.

—No se preocupe es solo por la ropa.

—No te hagas ilusiones, ha sido solo el hecho de verte vestido como una persona de esta época.

—¿No podrá verme nunca como un hombre?

—¿Cómo crees que te veo?

—Lo veo en su mirada, me mira como una cosa, ¿me equivoco?

—Te veo como un hombre que está trabajando. Quizá te refieras a eso.

—Me ves como un hombre que vende su cuerpo por dinero.

—¿Acaso no lo haces?

—Elijo a mis clientas.

—Es lo mismo.

—No. No lo es, en absoluto. Hace un tiempo no elegía yo, y eso es peligroso.

Me ignora, y atiende de inmediato a una de las dependientas que se acerca a nosotros a preguntar si necesitamos ayuda, a lo que yo respondo que no y Leo le pide que le arreglen el traje de la parte del tiro.

¿En serio? Quiere ir marcando paquete?

—Claro caballero, ahora mismo viene el sastre —responde la señorita.

—Opino que esa zona está perfecta, no creo que necesite ningún arreglo —le sugiero.

—Mi querida señorita, me temo que nuestros caminos se han cruzado en el momento más inoportuno, pero no se preocupe que lograré hacerle ver mis grandes dotes.

¿Y con dotes se refiere a sus partes nobles?

—Oh, querido lord, no te preocupes. Soy una experta en desviar los momentos inoportunos. Incluso tengo un manual llamado "Cómo sortear situaciones embarazosas en la era moderna". ¿Te gustaría echarle un vistazo? —Chúpate esa antiguo.

—No se preocupe por mí, usted céntrese en si misma, igual que yo lo hago.

Me mira socarrón con una sonrisa de medio lado que hace estremecerme.

—Lord Leo, me alegra ver que... ¿Has estado practicando tus habilidades de cortejo?

—Por supuesto, querida dama. He estado estudiando los antiguos tratados de galantería y tengo una colección de poemas románticos para recitar bajo la luz de la luna.

—Prefiero que me hagan reír, un buen chiste, una conversación amena e interesante...

—Debo confesar, querida dama, que a veces siento que estoy atrapado en una cápsula del tiempo del siglo XIX.

—¡No! ¿en serio? No me había dado cuenta —Será capullo.

—Tú no te preocupes, estaré encantada de enseñarte el arte de desbloquear un teléfono con huella digital o encontrar el camino correcto con un GPS, por lo que veo andas bastante perdido conmigo.

—Mi querida señorita, eres tan encantadora que podría perderme en tu belleza por días.

—Oh, Lord Leo, gracias por el halago. Pero ¿sabes qué es aún más útil que perderse en la belleza? Google Maps. Si alguna vez necesitas encontrar el camino correcto, solo dime. Tengo la aplicación en mi teléfono, siempre lista para salvar a los desorientados.

Se acerca hasta nosotros un señor de avanzada edad lleva sobre su brazo una especie de cojín anudado para sujetarlo sin ayuda de nada más y sobre él infinidad de alfileres clavados. Nos saluda y se arrodilla frente a Leo, le da unos cuantos tirones a la tela sobrante de la entrepierna y me pide que me coloque detrás de Leo para averiguar si la zona trasera del pantalón hace arrugas, o por el contrario se ve bien.

Me coloco donde me pide y observo detenidamente su trasero, respingón, redondito, alto,

perfecto. Hasta me atrevería a decir que está duro.

—Dígame señorita, ¿se ve bien o existen arrugas? —pregunta el sastre.

—No lo sé, no soy experta.

—Pues parece que está usted impresionada —Leo gira su cabeza y me mira.

—¿Puede estirar un poco de la costura que cae en medio? —me pide de nuevo el sastre.

Joder, ¿pero no tiene ayudante para esto?

Me inclino un poco hacia delante para agarrar con cuidado el pantalón de la costura, acerco mi mano y noto como el pulso se me va acelerando, cuando estoy apenas a medio centímetro de la tela, Leo se mueve hacia atrás y mi mano atropella su culo.

—Sin miedo *milady*, sin miedo —Será descarado.

—Creo que se forma una arruguita aquí, debe de sobrar un poco de tela todavía —le digo al sastre.

—Tome, ponga esto en la zona donde la ve, después le tomaré medidas y arreglaré eso —. Me entrega un alfiler, Leo me mira con cara de estupor, le sonrío, el ladea su cabeza a la vez que levanta una ceja, yo le sonrío hasta con los ojos, y segundos después le pido perdón.

Sí, le he clavado el alfiler en el precioso culo, aunque diré que me ha costado atravesar la piel, porque como yo imaginaba tiene el culo duro como el hormigón armado. Por Dios, ahora mismo me encantaría verlo desnudo, claro, si no fuera porque es un ser extraño y da miedo de cojones cuando habla.

Ahora ya en el taxi de camino, yo a mi casa, y él no lo sé aún...

A medida que avanzamos en el viaje, ambos descubrimos que a pesar de nuestras claras diferencias generacionales, y esto no es debido a la edad sino más bien a su título impostado, y estilos de vida contrastantes, hay una conexión especial que nos une. A través de su interacción cómica y encantadora, empiezo a apreciar y comprender mejor las extrañeces, y divago entre si debiese dejar camino a una amistad inesperada y tal vez incluso a algo más.

—Tomaría un té con usted, *milady* —susurra.

—Otro día Leo, estoy cansada.

—Le tomo la palabra, mañana a las seis la visitaré en su casa —Coloca su mano sobre mi pierna y de nuevo siento ese escalofrío.

—A las seis no estaré en mi casa, mañana tengo turno de tarde, no regreso hasta las diez.

—Entonces tendremos que cenar en lugar de tomar el té.

—De eso nada, quiero cenar con Ian, ha venido hasta aquí y apenas he pasado tiempo con él.

—No veo tampoco que él la haya buscado a usted, *milady*.

—Es todo por tu culpa y nuestro engaño.

—Si lo desea puede contarle a su amigo la verdad de nuestro compromiso.

—¿Estás seguro? —le pregunto intentando adivinar si me toma el pelo.

—Si eso le hace feliz, adelante.

No respondo, no pienso caer en su engaño, seguro que es una trampa que mi madre y él han ideado para que yo pierda el dinero y ella gane.

—Buenas noches, mañana te llamaré cuando termine el trabajo y hacemos planes para ese té.

Mientras nos encontramos frente a frente, la tensión de la despedida comienza a llenar el aire. La química entre nosotros ha sido evidente desde el momento en que nos conocimos, pero ahora llega el momento de decir adiós, al menos hasta mañana. Decido abordar la situación con un toque cómico para aliviar la tensión. Llevo esperándolo toda la tarde.

Me acerco a Leo, con una sonrisa traviesa en mi rostro.

—Bueno, Leo, ha sido un placer conocer a alguien tan... interesante como tú. Pero antes de que nos despidamos, tengo una sorpresa para ti.

Leo me mira con curiosidad y una ceja levantada, seguramente preguntándose qué locura se me habrá ocurrido.

—Oh, *milady*, no puedo esperar a ver qué tienes preparado. Estoy seguro de que será algo inolvidable.

Rápidamente, saco un par de sombreros extravagantes de mi bolso y le ofrezco uno.

—¡Es hora de que nos despidamos a tu estilo! Pongámonos estos sombreros y hagamos una despedida digna de un par de lores.

Leo, riendo, acepta el desafío y coloca el sombrero de copa un tanto arrugado sobre su cabeza. Yo hago lo mismo con el mío y ambos nos miramos con una mezcla de incredulidad y diversión. Leo sale del taxi conmigo para despedirnos debidamente.

Juntos, caminamos por la acera en dirección a mi portal, tropezando de manera exagerada, haciendo muecas cómicas como reverencias y saludando a los presentes de manera excesiva. La gente nos mira con sorpresa, pero pronto se contagian de la risa y aplauden nuestro espectáculo improvisado.

Finalmente, llegamos a la puerta y nos detenemos, sin poder contener las risas. Nos quitamos los sombreros y nos miramos el uno al otro, todavía riendo.

—Leo, ha sido una despedida única y absolutamente hilarante. Nunca olvidaré este momento.

—Estoy de acuerdo *milady*, esto es algo que solo tú podrías hacer, y me encanta. Gracias por hacer de nuestra despedida algo inolvidable.

—Bueno, qué dramático, no es una despedida final.

Nos abrazamos entre risas y nos separamos con un rápido despegar de nuestros cuerpos.

Entro al patio de forma abrupta y evito mirar hacia atrás por si me está observando.



Capítulo 14

Bienvenida a España

Ian

A medida que avanzo puedo ver los mostradores de facturación de las aerolíneas distribuidos a lo largo del área de check-in. Hay filas de pasajeros esperando su turno para obtener su tarjeta de embarque y dejar su equipaje. Los empleados de la aerolínea están ocupados atendiendo a los pasajeros y brindando asistencia. Las ganas de coger un vuelo y salir corriendo me invaden, y lo haría si no fuera porque Su está a punto de aterrizar.

Ahora mismo debe de estar ya saliendo del avión. Me la imagino nerviosa, aunque lo que menos le ha gustado nunca ha sido pasar el control de seguridad.

La espero en la zona de cafeterías y otras opciones de entretenimiento. Miro a las pantallas donde anuncian los vuelos que acaban de aterrizar y al momento comienzan a salir los pasajeros.

Me dirijo a la puerta correspondiente. Allí veo que Su camina arrastrando la maleta con dificultad. Le dije que podía llevarse cualquiera de las mías, que no cogiera esa antigualla sin ruedas.

Me acerco a paso acelerado, y cuando la tengo enfrente ella me mira y hace un gesto con su mano que simula darme unos azotes en el trasero.

—Ven aquí quejica. Si estabas deseando viajar a España —le digo mientras la elevo sobre mi pecho para después dejarla en el suelo y abrazarla.

—No te negaré que quería conocer España, pero de esta manera no. Me hubiera gustado que me la enseñaras sin tener que darnos besos ni andar cogidos de la mano como si estuviésemos enamorados —Hace un gesto vomitivo.

—Te debo una Su, no sé si algún día podré devolverte el favor que estás dispuesta a hacerme —Le doy un beso en la mejilla.

—No hace falta que me beses, ya tendremos tiempo para eso cuando tu chica nos mire —Se limpia la cara.

Cogemos un taxi hasta mi apartamento y mientras llegamos le pongo al corriente de todo. Le cuento con pelos y señales como es Leo, como se miran, como la observa, la cuida, y sobre todo como yo la he cagado.

—No será para tanto, dudo mucho que un tipo así como me lo has descrito pueda gustarle a alguien.

—Ya lo verás. Me juego el cuello que te hará volverte hetero.

—Cien euros a que exageras —Me tiende la mano para sellar el trato.

—Que sean doscientos —le digo cogiendo la suya y apretándola.

He dejado a Su en el apartamento, necesitaba darse una ducha y arreglarse un poco para la cena de esta noche. He quedado con Roberta en su casa para presentarle a mi novia. Tengo un miedo de cojones, ni siquiera sé como tengo que actuar delante de Ro con la que se supone mi novia.

Entro al super para comprar un par de botellas de vino, le pregunto a una dependienta para que me asesore en cuanto a qué vino llevarme, me hace millones de preguntas, que si carne o pescado, que si afrutado, un vino joven, espumoso, de bodega... al final opto por llevarme seis botellas. Como con todo dude tanto me veo besando a Su cuando nadie nos mire.

Cuando regreso a casa encuentro a Su y al tipo de Roberta en el rellano de la casa, al parecer mantenían una conversación de esas que no pueden ser escuchadas por nadie más porque nada más hacer acto de presencia han enmudecido.

La postura del menda no me ha gustado en demasía, ya sabes, mano apoyada en el marco de la puerta para fortalecer su bíceps, que en otro caso se notaría, pero con el atuendo que acostumbra a llevar... También tenía las piernas cruzadas, como si de seducción se hablase. Y su cuerpo se ha erguido de un chispazo al verme aparecer, ¿extraño verdad?

—Leo, qué sorpresa verte tan pronto —digo con mirada poco aprobatoria.

Susana no deja de mirarme con los ojos muy expresivos, como si quisiera decirme algo.

—Mi amada me encomendó la tarea de cocinar una excelente y apetitosa cena para la gran velada de esta noche.

Por Dios, que alguien le cierre de una puta vez el pico o le arreo un puñetazo.

—Bueno con vuestro permiso yo voy a cambiarme de ropa, veo que el código de vestimenta es de época —dice Su sonriendo.

—Oh *milady*, lo dice por mí, no sufra usted puede vestir como guste, yo siempre lo hago elegante.

—Sí, eso es porque no hace otra cosa que pasear por jardines de palacio —Guiño un ojo a mi amiga.

—No se confunda, el hombre que tiene presente ha trabajado de cosas incontables —Alza su mentón mientras gira su cuerpo y desaparece al entrar al apartamento de Roberta.

Susana y yo lo miramos hasta que de un portazo regresamos de nuestro ensoñamiento.

Su estira de mi camiseta y me adentra en el interior de la casa. No deja de agitar sus brazos como si algo le estuviese quemando y necesitara apagar las llamas abrasadoras.

—Ese tío no es real —dice Su.

—Yo lo veo, y tú también.

—Que te digo que es un farsante, que no es quien dice ser. ¿Qué sabes de él? ¿A qué se dedica? ¿Dónde vive? ¿Cómo se conocieron?

—No lo sé, me resulta tan exasperante que no he cruzado más de tres palabras seguidas.

—Error. Ese hombre es un impostor y voy a descubrirlo.



Capítulo 15

Soy Leo

Leo

Jamás pensé que me vería en estas. Y te voy a contar porqué estoy haciendo este trabajito.

A la temprana edad de diecisiete años mi tía falleció dejándome en el mundo solo y sin un euro en el bolsillo. No diré que se me acumulaban los gastos, no, ella ya se había encargado de dejarme un albacea para que todo su dinero se repartiera donde debía. No me faltaba comida, tenía un techo y compañía. Y aquí es donde yo quiero ir, a la compañía.

Lady Violet, mi tía, era madame en un puticlub, para más datos, era madame en su propia casa. De ahí que a mí la compañía no me faltase nunca. Cuando ella se marchó para no volver, el negocio estaba en lo más álgido, y en casa posiblemente había unas doce mujeres trabajando sin descanso a diario. A mí no se me permitía andar con ellas, y aunque así hubiese sido no tenía la más mínima intención de acercarme a ninguna de esas mujeres. Puedo parecer intransigente, y más sabiendo a lo que me dedico ahora. Dejémoslo en que las prostitutas nunca me sedujeron.

Todo ocurrió una noche de verano en la que la casa yacía vacía, las mujeres tenían el día libre y yo me permití el capricho de invitar a algunas personas. Debido a mi poca relación con personas fuera del hogar, casi todas las personas que yo conocía eran mucho más mayores que yo, así es que había logrado hacer amistades con señores de edad avanzada podríamos decir. De esos que en cualquier momento que retozaran en cualquiera de las camas de mi casa podrían estirar la pata.

Aquella noche disfruté como no lo había hecho nunca antes. Jugamos a las cartas, bebí whisky, y hasta me embarcaron en el mundo de los puros, algo que jamás volveré a hacer ya que la sensación de ahogo casi me mata.

Rogelio, que así se llamaba mi amigo, ese que tenía un pie ya en la tumba, se permitió el detalle de invitar a un conocido suyo a mi casa.

En aquel momento no lo encajé demasiado bien, ahora estoy convencido de que fue el mejor regalo que me pudo hacer Rogelio antes de marcharse de este mundo.

Ver aparecer a aquel circo andante me resultó asombroso. Solo abrir la puerta y ver aquella figura que se alzaba con majestuosidad, vistiendo un impecable traje de época que recreaba la elegancia de un lord inglés, me dejó sin aliento. La chaqueta, confeccionada en apariencia en un rico terciopelo oscuro, que le caía con gracia sobre los hombros, mientras que el chaleco brocado en tonos dorados y negros le añadía un toque de opulencia hacía al que lo miraba que deseara vestir igual. Los pantalones ajustados, de un suntuoso tejido que combinaban a la perfección con botas de cuero pulido resaltaban su porte distinguido.

Su cabeza adornada con un sombrero de copa, de ala ancha, elegantemente decorado con una pluma negra que se balanceaba con cada paso. El rostro, cuidadosamente afeitado, reflejaba una expresión serena y segura, propia de un hombre de poder y prestigio. Sus ojos, tras un par de gafas de montura dorada, destellaban una chispa de inteligencia y curiosidad.

Un lord inglés, disfrazado, pero un lord que mostraba una actitud impecable, moviéndose con gracia y aplomo, como si llevara siglos en la nobleza. A su vez su voz, ligeramente acentuada, me transmitía una etiqueta impecable y una exquisita educación. Cada gesto estaba impregnado de una elegancia natural, desde el modo en que me ofreció su mano al saludarme, o al sujetar una copa de vino.

Me sentí fuera de categoría al lado de aquel caballero, ya nada que mirase podría estar a la altura de aquello. Me había fascinado tanto que asumí en aquel momento que yo, Leo Broman iba a pasar a ser Lord Leo. Y no fue fácil la transformación, porque requería de mucho conocimiento. Me formé para ser el mejor entre los mejores. Estudié comportamiento, protocolo y artes de seducción. Todo asesorado por el gran Lord Harrington, que aunque se hacía llamar así, en su D.N.I el nombre era otro.

En esa época de mi vida tuve que educar mi elegancia y modales, ya no podía salir a pasear al perro en pijama, ni podría ser visto con mujeres de dudosa reputación, aunque en mi caso no fuese con el fin habitual debía desvincularme de aquellas mujeres. También debía ser un hombre cortés y tratar con respeto a todo aquel que se acercase a mí. En cuanto a la sabiduría como ya he dicho antes estudié mucho para poder participar en discusiones intelectuales y aportar conocimiento.

Ahora que ya he descubierto como llegué a ser un lord, contaré como llegué a ser un lord que cobra a la compañía femenina.

Todo ocurrió en una tarde lluviosa, las calles de la ciudad estaban envueltas en una atmósfera grisácea, y el suave sonido de la lluvia creaba una melodía constante, entonces me decidí a salir a pasear. Yo, un hombre elegante, con un paraguas negro caminaba decididamente por la acera, protegiéndome de las inclemencias del clima y a la vez disfrutando de él. A medida que avanzaba en mi paseo, el chapoteo de los charcos bajo mis pies se mezclaba con el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre mi paraguas.

En ese momento, un coche pasó rápidamente cerca de mí, creando un estallido de agua que me salpicó por completo, empapándome de arriba a abajo. Sorprendido y empapado, me detuve, frunciendo el ceño y sacudiendo el agua de mi ropa.

En ese momento la ventanilla del coche se baja y una mujer con una expresión de disculpa asoma la cabeza. Con una mezcla de vergüenza y diversión, me dijo.

—¡Oh, lo siento muchísimo! No pretendía empaparte. La lluvia me ha jugado una mala pasada. —Su sonrisa amable y sincera indicó que lamentaba lo sucedido.

—Bueno, supongo que hoy era mi día para un refrescante baño improvisado. ¡Gracias por el chapuzón *milady*.

Fue en ese instante cuando lo vi, pude apreciar el deseo ardiente en la mirada de aquella mujer al decir aquella palabra, para mí insignificante, para ella, su todo.

Se ofreció a llevarme a casa, yo educadamente acepté y eso ocurrió, tras un paseo en su coche dirección a mi hogar en el que conversamos de manera muy fluida me dejó en mi puerta y cortésmente me despedí de la dama. Cuando la puerta se cerraba tras de mí, me di la vuelta para comprobar si todavía estaba frente a mi casa mirando y así fue.

Caminé hasta ella, la lluvia había cesado, bajó su ventanilla y al tenderle la mano para que me diera la suya noté como cierto nerviosismo hacía palpar su blusa justo en la parte donde su pecho se escondía.

—¿Desearía entrar a tomar un té? —pregunté.

—Me encantaría —respondió y sin aparcar bien el vehículo salió con prisas.

Nada más cerrar la puerta de mi casa la mujer se me abalanzó encima y no tuve que dejar ver mi elegancia ni mis modales, nada de eso que yo tenía en mente fue necesario para llevármela a la cama, o podría decir que fue ella quien me llevó a mí.

Recuerdo que la habitación donde sucedió era la más lujosa de la casa, bien decorada, como si se tratase de una antigua mansión inglesa. Ya que yo era un lord inglés de aspecto impecable y porte distinguido debía de vivir en un hábitat que me hiciera justicia.

Aún me encontraba de pie, luciendo el traje con el que había salido a pasear.

La mujer, con pocos aires de delicadeza y respeto, se acercó a mí con nada de cautela. Sus manos, cuidadosamente manejadas, nada torpes me anunciaban que no era la primera vez que iba a hacer aquello. Comenzó a desabotonar rápidamente mi chaqueta, liberando los botones de la tela fina. A cada botón que desabrochaba revelaba la camisa blanca de algodón que descansaba debajo. Yo todavía recuerdo mi postura relajada mirando a aquella mujer rebosante de deseo.

Continuando con gracia, la mujer deslizó sus manos hacia los hombros para retirar por completo la camisa, dejándola caer con poco tacto en el suelo. No pude evitarlo y me agaché

para recogerla y depositarla sobre el gran butacón que ocupaba parte del dormitorio. Luego, sus dedos ágiles se deslizaban hacia los botones del pantalón, uno a uno, liberando su ajuste mientras revelaba mi calzoncillo.

La mujer se asustó y abrió mucho sus ojos cuando se topó de frente con mi abultado paquete. Mis ojos se encontraron con los suyos, transmitiendo un respeto mutuo. Bueno en este caso creo que el respeto solo se vio por mi parte, porque la mujer sin dudarlo me bajó los calzoncillos, y agarrando mi ya erguido pene, se lo metió en la boca.

Con movimientos suaves y precisos, la mujer deslizaba sus manos hacia la base de mi miembro.

El pantalón que recuerdo aún se mantenía a la altura de mis rodillas cayó grácilmente al suelo, revelando mis piernas musculosas. Y debieron sugerirle mucho a la mujer porque después de mirarla me agarró con fuerza del trasero y abrió aún más su boca para que pudiese penetrarla más al fondo.

Una vez terminó con su maestría en la felación se quitó la parte baja de sus ropas y empujándome sobre la cama se colocó a ahorcadas sobre mí y ella sola se dio todo el placer necesario con la ayuda de mi pene erecto.

Vega, que así me hizo llamarla mientras jadeaba de pasión, una vez culminó se retiró de encima de mí, se vistió y se marchó sin decir más.

Desde ese instante lo tuve claro, me excitaba tan solo con pensar que yo era deseado. Así es que cuando descubrí que lo era, que había mujeres que con mi sola presencia, con tan solo verme deseaban tener encuentros sexuales conmigo me replanteé lo de ejercer de acompañante. Ser deseado y poder brindar compañía y placer a otras personas puede generar un sentimiento de excitación y empoderamiento, y a mí me estaba ocurriendo.

No tuve en cuenta otros aspectos de mi posible trabajo, nunca conté con la posibilidad de que en alguna ocasión llegase a aparecer una mujer de la que pudiese enamorarme, una de esas con la que desear pasar el resto de mis días. Todo era fácil, divertido, me codeaba con las mejores familias de las mejores posiciones sociales, y entonces apareció ella, un encargo para mí.

Recuerdo recibir una carta un caluroso día de agosto, abrir el buzón y recoger el correo era una rutina diaria en la que las sorpresas no existían. Aquella mañana desayunaba, salí de casa sosteniendo mi café helado depositado previamente en mi elegante taza, recogí el periódico que descansaba sobre el primer escalón de la calle, abrí la cajita de correo y mientras regresaba al interior de mi intimidad pude ver como entre los folletos de publicidad asomaba una carta, una escrita de puño y letra por un ser humano.

Lo poco común de aquel escenario me hizo dudar en si debía abrirla, y tras dudar durante varios segundos en los que la miraba con cierto recelo, ocupé una silla de la cocina y con la ayuda de un cuchillo me dispuse a abrir aquel sobre.

La carta estaba dirigida a mí, a Lord Leo, según aquellas letras un caballero de la alta

sociedad le había dado mis señas para que pudiese hacerme una petición. No me quedaba ninguna duda de que aquel caballero distinguido era mi mentor.

Entre muchas palabras de educación y maestría con las letras y cumplidos, la petición no era otra que lograr que una mujer abandonase el duelo. Según el remitente, dicha señora, ahora señorita de nuevo, estaba sufriendo la pérdida del que fuese el amor de su vida. No entendía que podría hacer yo por ella, si se trataba de amor no había acudido a la persona idónea, yo tan solo le ayudaría a obtener placer, pero el amor no acompañaba nunca en mi caso.

En esta ocasión la mujer en cuestión no estaba avisada de mi encargo, debía mantenerlo en el más riguroso secreto. Me encomendaron la simple tarea de tropezar con ella a la salida de una de las visitas al cementerio que ella acostumbraba a hacer a la semana. No me resultó difícil el encuentro, ya que Lady Amelia frecuentaba dicho lugar con demasiada habitualidad.

A pesar de conocer su rostro gracias a una fotografía que adjuntaba el sobre, al verla aparecer frente a mí aquel día su aspecto me impresionó.

En aquel instante mis ojos se posaron en ella, una mujer de una belleza impactante. La visión de su rostro perfectamente esculpido, sus ojos cautivadores y su sonrisa radiante me dejó momentáneamente sin aliento. Un sentimiento de asombro y admiración me invadió, y mis palabras parecieron huir de mi mente.

Todo mis pensamientos se volvieron incoherentes mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para expresar esas palabras que ya traía aprendidas de casa. Pude sentir una mezcla de timidez, nerviosismo y un deseo intenso de impresionarla.

Mis ojos no podían apartarse de su figura grácil y elegante, y me encontré perdido en cada detalle de su apariencia. El corazón latía más rápido y las palabras que comenzaban a subir hasta mi boca parecieron enredarse en mi garganta, incapaces de salir.

Experimenté una sensación de vulnerabilidad y falta de confianza en ese momento, ya que me enfrentaba a la belleza, simplemente la belleza.

Sin embargo, en medio de ese torbellino de emociones, también sentí una sensación de emoción ante la posibilidad de conocerla.

Por un instante la lucidez se adueñó de mi verborrea como era lo natural en mí y comencé a hablar.

—Una mujer no debería de frecuentar este lugar tantas veces como lo hace usted.

Ella me miró a los ojos, yo intenté esquivar su mirada, una llena de tristeza, de desesperanza, y llena de sombras.

—Buenas tardes —solo eso pronunció, y se marchó.

—Disculpe *milady*, no quise ser descortés, tan solo buscaba compañía para mis visitas a campo santo —mentí, no sabía que aquella mentira me costaría la felicidad, pero lo hice—. Mi

amada esposa me dejó solo hace tan solo un mes.

—Oh, cuanto lo siento, comprendo su pérdida, no sabe cuánto.

Ella se acercó lentamente hasta mí, me cogió de la mano y con la otra la acarició. Yo me estremecí al momento de sentir su piel rozar con la mía.

En esa ocasión no la retuve más de lo que ella se dejó, compartimos cuatro palabras de lamento más y se marchó.

Me sentí mal nada más abrir mi boca y decir semejante mentira, pero debía cumplir con el encargo que su padre me pedía a cambio de una succulenta suma de dinero.

No hace falta contar que elegí una tumba a la que llorar casi a diario para reunirme con ella en aquel lugar. La veía en todas y cada una de mis visitas al cementerio, siempre vestía de negro, andaba con paso lánguido, con poca decisión, la cabeza baja y sostenía entre sus manos un pañuelo con el que continuamente se secaba el rostro.

Los días le dieron la confianza necesaria para acercarse a mí, tardé varias semanas hasta que me atreví a invitarla a un té, y ella con reservas aceptó.

La cafetería, envuelta en un ambiente cálido y acogedor, me pareció un refugio del bullicio exterior. Al entrar en ella pude ver unas mesas de madera oscura adornadas con pequeños arreglos florales, mientras que el aroma tentador del café recién hecho flotaba en el aire. La iluminación suave y tenue creó una atmósfera íntima y propicia para que surgiera una conversación íntima.

En un rincón tranquilo, cerca de una ventana adornada con cortinas blancas, se encontraba una mesa desocupada. Sus sillas estaban estratégicamente colocadas frente a frente, esperando a dos almas como las nuestras, que aún no se conocen pero, que estaban destinadas a hacerlo. Aunque fuera por mi parte un plan encargado.

Entre conversaciones poco interesantes sobre el tiempo que acaecía, ella con una sonrisa impostada en los labios y una chispa de emoción en los ojos. Llevaba consigo un libro que fue el que me dio pistas sobre mi siguiente paso. Se sentó en la mesa, dejando su bolso a un lado. Su presencia iluminó la cafetería, y pareció estar impaciente por lo que estaba por venir.

Por mi parte, seguía aparentando ser un hombre elegante, con un aire de confianza y determinación. Sus ojos escanearon la sala y, al encontrarnos con nuestras miradas el uno sobre el otro mi corazón dio un vuelco.

Sin esperararlo en aquella primera cita, se creó un momento mágico en el que el tiempo pareció detenerse. Las sonrisas tardaron en aparecer, la conversación fluyó naturalmente, como si nos conociéramos desde siempre, y las risas llenaron el espacio.

A medida que nos sumergimos en una conversación profunda y llena de complicidad, la conexión entre nosotros se hizo evidente para todos los que nos rodeaban. Los demás clientes de

la cafetería se convirtieron en testigos silenciosos de un amor que estaba comenzando a florecer en ese pequeño rincón, donde las miradas, las palabras y las risas se entrelazaban en un baile mágico día tras día.

Aquel lugar se convirtió en el escenario perfecto para que este encuentro casual se transformase en algo más profundo. El aroma del café y el ambiente cálido y acogedor proporcionaron el telón de fondo ideal para que nuestras almas conectasen y descubriéramos la posibilidad de un amor que podría cambiar nuestras vidas para siempre.

A fuego lento, así es como recuerdo que sucedió todo. Semana tras semana íbamos descubriéndonos.

Llegó el momento de dar un paso al frente, y así lo hice. La invité a mi casa a pasar una velada de la que estaba seguro no podría ya separarse de mí, y de esa manera lograse olvidar su dolorosa pérdida.

En mi corazón se instaló un sentimiento mayor al que llegué a sentir por ninguna mujer. Dejé de lado aquel encargo por el que me negué a cobrar ni un céntimo del dinero de su padre. Él convencido de que mis sentimientos eran más que reales por su hija me prometió que jamás mencionaría lo que acordó conmigo, y yo feliz por haber conseguido un amor para que mis años venideros cobrasen sentido me vi en la obligación de ser sincero con ella en algo que ya no me veía capaz de mentirle.

Era una tarde soleada, en un tranquilo parque rodeado de árboles frondosos, yo me encontraba nervioso pero decidido. Busqué al amor de mi vida que había capturado mi corazón y la vi sentada en un banco, absorta en sus pensamientos.

Me acerqué a ella con pasos vacilantes, sintiendo el peso de mi confesión en el pecho. Mi voz temblaba mientras me senté junto a ella y miré fijamente al suelo antes de reunir el coraje necesario.

La besé en la mejilla y me atreví a decirle.

—Debo ser honesto contigo. Ha llegado el momento de contarte la verdad y hacerme cargo de las consecuencias. Te mentí cuando nos conocimos. No soy viudo.

Ella se sorprendió y me miró con una mezcla de confusión y decepción.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué me mentiste?

—Lo siento profundamente por haber engañado tus sentimientos. En aquel entonces, no sabía cómo acercarme a ti. Quería capturar tu atención, y pensé que al presentarme como viudo, podría despertar tu interés y empatía.

Ella aunque herida, creo que percibió la honestidad en mi voz y en mis ojos.

—¿Y ahora? ¿Por qué me lo estás diciendo ahora? —Su mirada se tornó oscura.

—Porque me he enamorado de ti, profundamente y sin reservas. Me di cuenta de que no puedo construir una relación sólida sobre mentiras. Quiero ser honesto contigo y empezar de nuevo, desde un lugar de autenticidad y amor genuino.

Ella se tomó un momento para procesar la confesión. A pesar de la decepción inicial, el amor que sentía por mí y que yo sabía que palpitaba aún en su interior se dejaba ver.

—Es difícil para mí confiar en ti después de esto. Pero valoro tu sinceridad y me doy cuenta de que todos cometemos errores. Necesitaré tiempo para reflexionar y decidir si puedo superar esta traición.

Yo me limité a asentir, comprendiendo la gravedad de mis acciones.

Entendí completamente su decisión.

—Estaré aquí esperando, dispuesto a demostrarte mi amor y ganar tu confianza de nuevo, si me lo permites.

Ambos nos quedamos en silencio, sumergidos en nuestros pensamientos y emociones.

El parque, antes lleno de alegría, en ese momento fue testigo de una conversación cargada de honestidad y vulnerabilidad. Solo el tiempo podría decir si el amor que sentía por mí podría superar esta prueba y florecer nuevamente en una relación basada en la sinceridad y el perdón.

Los días pasaron y no obtuve noticias tuyas, solo una fría llamada de teléfono por parte de su padre me anunció que ella una mañana le dijo que ya no podía soportar un segundo más la ausencia de amor y sinceridad y se quitó la vida.

Comprendí que nunca podría olvidar a su marido, y que mi mentira fue decisiva para sus acciones.

Dolor y tristeza, eso fue lo primero que sentí tras la noticia. El abandono de la persona amada puede generar un profundo dolor emocional y una sensación de pérdida del que no estaba capacitado para aceptar.

Un vacío en mi corazón y una tristeza abrumadora al enfrentar la realidad de que la relación había terminado de la manera más dolorosa.

Más tarde llegó la confusión y negación. Me sentí confundido y me negué a aceptar la realidad de nuestra separación. Y entonces llegó la culpa y el remordimiento. Me sentí culpable y experimenté sentimientos de odio hacia mí por mis acciones...

Entonces fue cuando me refugié en la soledad y el aislamiento. Pues la pérdida del amor de mi vida hizo que deseara tener un final como el que ella decidió para consigo misma.

El proceso de duelo en la más absoluta intimidad me hizo entender que ese sería mi único castigo, debería estar solo por el resto de mis días.

Hasta que de nuevo mi mentor apareció en mi vida. Me hizo llamar en su lecho de muerte y me hizo prometerle que usaría ese dolor y resentimiento hacia mi persona de otra manera. Y a pesar de no estar del todo convencido le escuché.

La entrada al palacete se revelaba majestuosa y elegante, transportándome a una época de opulencia y esplendor. Las puertas dobles de madera maciza, talladas con exquisitos detalles, se abrieron ante mí lentamente para dar paso a un vestíbulo impresionante.

Los suelos de mármol pulido, decorados con intrincados patrones, reflejaban la luz cálida de los candelabros de cristal que colgaban del techo alto. A ambos lados de la entrada, se alzaban columnas ornamentadas, enmarcando la grandiosidad del lugar.

Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y se intercalaban con retratos de antiguos miembros de la nobleza inglesa. Los frescos pintados en el techo representaban escenas mitológicas y alegorías, evocando un sentido de historia y cultura.

Un impresionante conjunto de escaleras de mármol con barandillas de hierro forjado con intrincados diseños se elevaba hacia los pisos superiores. Las lámparas de pared iluminaban el camino hacia arriba, creando un ambiente íntimo y acogedor.

Los muebles antiguos y lujosos adornaban el vestíbulo, con sillas tapizadas y mesas talladas con detalles ornamentales.

En un rincón, un gran espejo dorado enmarcaba el espacio, reflejando la belleza del lugar y creando una sensación de amplitud.

Los detalles decorativos en estilo inglés se encontraban en todas partes: desde las cortinas de terciopelo ricamente bordadas hasta las alfombras persas que cubrían el suelo. Los candelabros de cristal iluminaban la entrada con destellos de luz, creando un ambiente sofisticado y resplandeciente.

Al traspasar las puertas de los aposentos donde descansaba el cuerpo del lord, me estremecí al verlo.

—Mi querido pupilo, te pido que te acerques. Ha llegado el momento en que debo partir de este mundo. Pero antes de hacerlo, quiero hacerte una petición muy especial —me dijo entre susurros, pues no le alcanzaba la voz para más.

—Mentor, no puedo soportar verle en este estado. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Sí, querido pupilo, recientemente descubrí lo que te ocurrió.... Escucha atentamente. A lo largo de mi vida, he aprendido muchas lecciones valiosas sobre el amor, la compasión y la importancia de hacer felices a los demás. Mi último deseo es que dediques tu vida a hacer felices a todas las mujeres que se crucen en tu camino.

—Mi lord, ¿por qué solo a las mujeres? No creo que pueda...

—Las mujeres han sido a menudo subestimadas y maltratadas a lo largo de la historia. Deseo que tú, con tu carisma y sensibilidad, les brindes alegría y felicidad. Quiero que las trates con respeto, escuches sus voces y les ofrezcas un apoyo incondicional. Si puedes hacer que se sientan amadas y valoradas, habrás dejado una huella hermosa en este mundo —Su voz iba apagándose.

—No creo que pueda, usted ya sabe lo que ha ocurrido...

—Por eso mismo, por eso es por lo que te lo pido.

—Pero aunque quisiera intentarlo, no podría. Le ruego que no me pida eso.

—Se lo debes —sentenció.

Después de escuchar aquella frase salir de la boca de lord Harrington recapacité.

—Mentor, prometo llevar a cabo tu deseo. Haré todo lo posible por honrar su legado y tratar a las mujeres con el respeto y la admiración que merecen. Aprenderé de sus enseñanzas y las aplicaré en mi vida diaria. Solo le pido tiempo.

—Me llena de alegría y tranquilidad, mi querido pupilo. Recuerda que hacer feliz a una mujer no se trata solo de gestos grandiosos, sino también de las pequeñas cosas. Escucha sus historias, comparte su carga y sé un apoyo constante en sus vidas. A través de tus acciones, podrás iluminar el mundo de muchas mujeres.

—Intentaré recordarlo siempre, mentor. Su legado vivirá en mí y en todas las vidas que toque. Descanse en paz, sabiendo que haré todo lo posible por cumplir su deseo.

—Estoy orgulloso de ti, mi querido. Confío en que harás una diferencia significativa en la vida de muchas mujeres. Siempre estaré contigo, guiándote desde lo más profundo de tu corazón. Ahora, es momento de dejarme ir y comenzar tu propio viaje. —se despidió con un fino hilo de voz.

Con lágrimas en los ojos, asentí en silencio, agradecido por el amor y sabiduría compartidos. En ese momento, una promesa se selló, y el legado de hacer felices a las mujeres con las que me cruzase en el camino de la vida se convirtió en una misión que me guiaría sin descanso a lo largo de mi existencia. Y aunque mi tarea era ensalzar a la mujer, acompañándola y por qué no, dándole placer, también me tomé la libertad de divertirlas.



Capítulo 16

Esto no lo soporto

Roberta

Cuando Ian me llamó para cenar esta noche y así presentarnos a su pareja, se me hizo un nudo en la garganta que no me dejaba tragar. Porque sí, dijo pareja, y en ese instante en el tiempo creí morir. Tardé como un minuto en responder. Le hice creer que de nuevo la cobertura de mi teléfono no era la ideal y que se había paralizado mi voz, aunque en realidad no dije ni una sola palabra.

Ahora voy en el coche de camino a casa donde Leo se está encargando de recibir a los invitados, y que previamente también se ha ocupado de confeccionar un menú.

Mi corazón duele al pensar que la oportunidad que tenía hace tan solo unos días de tener algo serio con Ian se ha esfumado, y mi cerebro no deja de gritar que me deje de chorradas de juventud, que Ian no es aquel chico del que me enamoré en la época universitaria, que ha cambiado, que no siente ni ha sentido nada por mí, y también me susurra todo el tiempo que Leo podría ser una buena compañía de por vida si lo viera así de una maldita vez. Pero no, Leo es solo un novio de mentira, es el tipo raro que mi madre se ha encargado de adjudicarme para que su familia vea lo feliz que soy, y sin olvidarnos de lo maravillosamente que mi madre lo ha hecho conmigo y que me ha educado como a una mujer con principios, de esas que deben casarse para formar una familia, y no para vestir santos.

Salgo del coche con cierto nerviosismo, no dejo de imaginar cómo será la mujer que está con Ian. ¿Será guapa, fea, alta, elegante, tendrá estilo, se habrá fijado en una de esas tatuadas hasta el cuello, quizá sea una abogada estirada, o peor aún, escritora como él?

«Respira Roberta, se te está olvidando respirar, y sea como sea, es su chica, y yo como una buena amiga que soy la aceptaré. Porque de eso se trata, de aceptar la felicidad de él y nada

más.>>

«Y una mierda Roberta, entra ahí dentro y déjale bien claro que esa elección no es la correcta, y que contigo sí que sería realmente feliz. >>

Dudo frente a la puerta de mi casa en si llamar o entrar con mi propia llave. ¿Qué demonios me ocurre? ¿Por qué iba a llamar al timbre en mi propia casa si tengo llaves para entrar a ella?

Nada más abrir escucho las risas escandalosas de todos. ¡Vaya! Parece que se lo están pasando bien sin mí. Se apodera de mí la envidia y sin darme cuenta saludo enfadada.

—Buenas...

—Hola Ro —dice Ian acercándose a mí.

—Veo que habéis empezado la fiesta sin mí —En esta ocasión miro solo a Leo.

—Perdón *milady*, quizá deberíamos haber estado callados, sin mirarnos hasta que apareciera la anfitriona —Se acerca Leo adelantando a Ian y me deposita un suave beso en la mejilla.

—Como veo que nadie me va a presentar lo haré yo.

La veo, estaba medio escondida detrás de ellos, y al comenzar estos a andar alejándose de ella la descubren.

Una mujer deslumbrante captura mi atención a su paso. Su presencia irradia una belleza que trasciende lo físico.

Su cabello sedoso cae en ondas perfectas sobre sus hombros, enmarcando su rostro angelical. Sus ojos brillantes y expresivos son como dos joyas centelleantes que hipnotizan a cualquiera que los mire —ahora entiendo que los tuviera tan ensimismados hace un rato—, son de un color profundo y cautivador, como el zafiro, o tal vez de un tono cálido y acogedor, como el ámbar. No logro verlos bien ya que a cada paso sus largas pestañas aletean creando una suave brisa.

Sus pómulos prominentes y su nariz delicadamente esculpida resaltan la simetría y armonía de su rostro. Sus labios carnosos, suaves y tentadores, parecen diseñados para susurrar palabras dulces, de las que estoy segura, Ian está encantadísimo.

Su figura esculpida es una obra de arte en movimiento. Con curvas suaves y delicadas, su porte elegante y seguro de sí mismo hace que su presencia me vaya a resultar inolvidable. La forma en que se mueve es como una danza sutil.

Su estilo y elegancia son impecables. De hecho ahora mismo creo que va más con el rollo de mi novio el lord, aunque ella viste algo más casual.

—Encantada de conocerte, soy Su, Ian me ha hablado tanto de ti que es como si te conociera de toda la vida —dice y veo como mi amigo le arremete un codazo suave.

—Qué bien que me conozcas tanto, en cambio yo a ti ni un poco, así es que esta será una cena de grandes descubrimientos, ¿verdad Ian? —Sonrío a este.

—*Milady* vaya a cambiarse para la cena que ya está todo preparado.

—¿Cambiarne? No pienso ponerme un vestido para cenaren el salón de mi casa —Lo miro desafiante.

—Sois tan diferentes que no entiendo cómo es que estáis juntos —dice Su sonriendo mientras nos mira a ambos.

—¿Vosotros sois iguales? —pregunto.

—Pues la verdad es que siempre nos suelen gustar las mismas.

—¿Las mismas? —digo sorprendida.

—Las mismas cosas quiere decir —añade Ian y veo que la mira como reprochándole algo.

Mientras tanto veo como Leo entre risas poco disimuladas marcha a la cocina a por algún aperitivo.

Me dirijo hasta él con la intención de averiguar lo que él sabe y que a su vez le resulta tan gracioso.

—¿Puedes decirme lo que te resulta gracioso?

—Mi pequeña rebelde, tan solo deberías prestar más atención a todo.

—Te odio cuando hablas con tanto acertijo, ¿puedes por una vez ser más claro?

—Si al terminar la velada usted por sus propios medios no se ha dado cuenta le daré una pista.

—Ya estamos de nuevo con tus estupideces.

Me dirijo a la mesa donde ellos dos ya sentados junto a ella no dejan de sonreír y de darse golpecitos mientras tontean. Me iba a resultar más difícil de lo que había pensado.



Capítulo 17

Por los pelos

Ian

La torpeza de Su va a echar todo el plan a perder. Aunque si soy sincero conmigo mismo, no sé si podré soportar un minuto más que *lordcopiabarata* vuelva a acercarse a Ro con esa mirada sucia y llena de deseo. Y es que es pensarlo de nuevo, y la furia me invade. Ahora mismo podría plantarme delante de él y estrangularlo con mis manos.

—Y bien, Ian ¿Cuál es el libro en el que estás trabajando en estos momentos? —pregunta el impostor.

—Es un thriller, no creo que te interese lo más mínimo, ten en cuenta que hay asesinatos, mucha sangre, ¿sabes?

—¿Qué te hace pensar que no me gustan los encuentros sangrientos?

—Estos encuentros —entrecomillo con los dedos—, no son de esos en los que dos caballeros se dan la espalda, caminan unos pasos y al girarse se disparan con un arma prehistórica.

—Es usted muy gráfico, si no fuera por su sarcasmo me atrevería a opinar que proviene de un siglo diferente a este.

—No te confundas, yo soy de este siglo, igual que tú, por si no lo habías pensado.

Leo da por zanjada la conversación y le pide a Su con demasiada amabilidad que le acerque el pan, mientras le sonrío de una forma excesiva. Yo que busco cualquier excusa para iniciar una pelea con él, le doy una ligera patada por debajo de la mesa a Roberta. Me mira al instante y

mientras, le hago gestos de cabeza para que observe a su prometido y pueda ver con sus propios ojos como intenta ligarse a mi novia. Porque eso es lo que Su es, mi novia.

Ro mira a Leo con una mirada más que desafiante mientras que él no cesa en su empeño de captar la atención de Su. Y yo aunque estoy disfrutando de ver como mi amiga Roberta captura estas imágenes del caballero inglés cortejando a una dama durante la cena en presencia de su prometida, necesito también que esta noche acabe.

—Es usted una mujer muy interesante —dice Leo, y es justo la frase que hace estallar la ira de Ro.

—Esto es inadmisibile, no pienso consentirlo —Se levanta Ro arrastrando la silla en la que estaba sentada y estampándola contra la pared de su espalda.

—¿Ocurre algo? ¿La comida está demasiado fría? ¿Salada tal vez? —Se la juega el lord con preguntas estúpidas.

—¡Qué va! Más bien diría que algo se está calentando en la entrepierna de alguien... —Dice Ro.

—Oh mi amor, cuide su vocabulario, es demasiado soez dar a entender que está ardiente de placer durante una velada con amigos.

—Claro, esto es inapropiado, pero tú puedes intentar ligarte a la novia de mi amigo —Tira la servilleta con la que no dejaba de hacer aspavientos de manera brusca sobre el regazo de Leo y se marcha hacia el interior del apartamento.

Me levanto de mi silla para ir tras ella, no sin antes mirar a “mi novia” intentando que me salga una mirada que le trasmita algo así como un reproche.

Doy dos suaves golpes sobre la madera de la puerta para avisar a Ro que tengo intención de entrar.

—No me voy a marchar de aquí hasta que no salgas y le digas al mequetrefe ese que tienes por novio que es un gilipollas y que le dejas —le digo mientras camino hasta llegar a la cama donde lloriquea tumbada boca abajo.

—No voy a hacer lo que tú me digas Ian, soy mayorcita como para obedecer a nadie. Y menos a ti, amigo.

—Es por tu bien, ¿no has visto cómo te ha faltado al respeto?

—Déjalo, te he dicho que no, no sigas por ahí.

—Tía no te entiendo, no sé que mierda ves en el tipo raro ese, de verdad que no logro entenderte.

—Pues lo mismo digo. Ella no dejaba de sonreírle, así es que sal ahí afuera y rompe con

ella.

La miro fijamente a los ojos. Está tan guapa hasta después de llorar. Tiene los ojos brillantes, las pestañas más oscuras, las mejillas rojas, y los labios hinchados. Es preciosa, es tan bonita que no puedo evitar acercarme a ella y retirarle con suavidad una lágrima que se desliza sobre su pómulo.

—Ian... —pronuncia todavía jadeante debido al soponcio.

—Dime, Roberta. Pídeme lo que quieras, lo que sea —Y solo espero que me pida que la bese.

—Sal de aquí.

La miro antes de entender lo que me pide. No quiero separarme de ella, estamos tan cerca, estoy tan cerca de poder besarla que no puede pedirme que me separe.

—Un momento —le pido.

—Tienes que irte ya o no podré...

Esa frase me deja descolocado. ¿Qué es lo que no podrá? ¿No podrá hacer qué? ¿Acaso ella siente algo similar a lo que mi corazón siente por ella?

—Roberta, haz lo que tengas que hacer pero no me pidas que me aleje —Ya está, lo he dicho.

—Necesito estar sola Ian, contigo aquí no puedo pensar con claridad —Termina diciéndome.

—Oh, pensé que...

—¿Qué habías pensado?

—Nada preciosa, debe de ser que mi última historia escrita me está jugando una mala pasada.

—Antes no quisiste responderle a Leo, ¿me lo dirás a mí? ¿en qué estás trabajando ahora?

—En algo diferente, ni siquiera sé si le gustará a mi editora, ando perdido, pero era lo que necesitaba escribir. Este último año me he sentido muy perdido...

—¿Tú, Ian Lauson perdido? Vaya, parece que te has vuelto mortal y que sientes y padeces como el resto de los habitantes del planeta tierra.

—Roberta soy más mortal que ningún hombre al que conozcas, y sí, me siento perdido, desde hace un tiempo a esta parte necesito algo que antes no me había planteado.

—¿Una casa más grande tal vez? No, espera, no respondas. Un cochazo, uno de esos

descapotables. ¿O es que has pensado en crear tu propia marca de preservativos? Ten en cuenta que te saldrían más baratos...

La miro sin pestañear. ¿Es eso en lo que me he convertido para ella? ¿En una persona egocéntrica, superficial y un golfo?

—No, nada de eso. Es una pena que tengas ese pensamiento sobre mí. Aunque entiendo que es lo que te he mostrado durante mucho tiempo.

—Pues sí Ian, eso es lo que he podido ver, bueno eso y un desfile de mujeres en tu cama mañana tras mañana.

Roberta se acomoda en la cama, se coloca al lado mío y me arremete un codazo en las costillas que hace que me incline de lado y que acerque sin querer mi nariz sobre ella. Inspiro el aire cerca de su cuerpo y me vuelvo loco. Se apodera de mí una locura de la que no voy a ser capaz de deshacerme de ella fácilmente.

—Lo siento —pronuncio.

—No lo sientas, cada uno refleja lo que es.

—Siento que vieras eso de mí, y siento también esto.

—¿El qué?

Levanto mi cabeza hasta alcanzar su mirada. Lejos de calmar mis ganas irrefrenables por besarla, crecen hasta la estrepitancia. Miro sus ojos alternando la visión entre ellos y su boca. Voy levantando la cabeza hasta colocarme frente a ella. Me mira con ¿miedo, es eso lo que veo en su mirada?

Agarro sus mejillas suavemente con las manos y la beso. La beso con suavidad como jamás he besado a nadie. Saboreo su labio inferior cada vez que separo mi boca de la suya. Besos cortos, lentos, llenos de pasión y, para mi sorpresa, devueltos.



Capítulo 18

Algo ha cambiado

Roberta

Acabamos de separar nuestras bocas y siento una vergüenza tan grande que no me atrevo a mirarle a la cara. Lo sé, es mi amigo, pero ¿acaso es esto lo que hacen los grandes amigos?

—¿Vas a salir a cenar o recojo la mesa, *milady*? —pregunta Leo detrás de la puerta.

—Ya voy Leo, y haz el favor de no actuar como si no hubiera pasado nada.

—Quizá es usted la que debería contarme qué es lo que ha pasado, ¿no le parece? —Leo me mira apoyado en la puerta con su espalda mientras me mira inquisidor desde su posición y se da suaves golpecitos con su dedo índice sobre su labio inferior.

—¿Qué quieres que te cuente? Me avergonzaste en mi propia casa, en mi presencia te has puesto a tontear con la novia de mi amigo, y además te haces el tonto.

—Nada de todo eso es cierto, solo quería comprobar una cosa.

—Mira, puede ser que en la antigüedad se llamase comprobar, aquí en este siglo, se dice infidelidad.

—Ey ey ey, no corra tanto *milady*, tan solo somos novios, y aunque prometidos estemos, los dos sabemos que esta aventura va a llegar a su fin mucho antes de lo que a mí me gustaría.

—Pues no se nota, porque actuando así, soy capaz de dejarte ahora mismo.

—No puedes.

Y no sé muy bien porqué, pero al escuchar esas palabras salir de la boca de Leo me estremezco.

—Sí que puedo.

—Debería usted leer bien todo lo que firma. Creo que la exagerada cifra que descansaba al final del contrato captó toda su atención, ¿no continuó leyendo las dos últimas cláusulas?

—No había cláusula alguna después de aquellas cifras.

—Ya le digo yo que sí, justo nada más dar la vuelta al folio, allí estaban. No muy extensas, pero sí muy claras.

—Leo, juro que como te estés riendo de mí vas a notar mi furia.

—Saque el contrato y lo podrá comprobar usted misma.

Doy un brinco de la cama donde todavía permanecía sentada. La repentina huida de Ian después de besarme me había dejado paralizada.

Salgo del dormitorio a toda prisa y voy directa a mi bolso para comprobar lo que me dice Leo.

—¿Ocurre algo? —dice Susana al verme salir acelerada.

Siento que todas las miradas están sobre mí, pero yo solo tengo una cosa en la cabeza.

—¡Lo encontré!

Desdablo el folio con tanta ansia que termino rompiendo una parte. Lo aplano contra mi cuerpo antes de nada. Comienzo a leer buscando lo que ha mencionado Leo, doy la vuelta buscando las dos cláusulas, leo y, enmudezco.

—¡Mierda! ¡Qué estúpida!

—Tranquila *milady*, está asustando a los invitados.

—A la mierda los invitados, y a la mierda tú. Todos fuera ahora mismo —grito aún con la mirada posada en el contrato.



Capítulo 19

Un estúpido, un mentiroso y un perdedor

Ian

Cuando Roberta me ha cogido de la nuca mientras nos besábamos he sentido que estaba en casa, he podido reconocer que era ahí donde siempre quería estar, junto a ella, con sus caricias, con sus besos, frente a sus ojos.

Dos segundos más tarde me ha hecho esa pregunta y entonces todo se ha venido abajo, mi castillo de arena ha sido engullido por una ola, arrasado de un solo golpe, como si jamás hubiese existido.

¿Y ahora qué hacemos? ¿Y ahora qué hacemos?

Resuena en mi cabeza como un martillo golpeándome con fuerza.

La he mirado y me he marchado sin responderle. Porque, ¿ahora qué hacemos? ¿Le pido que deje a su novio, ese que la trata como se merece, le digo que Su no es mi novia, que es mi amiga de Los Angeles, esa de la que nunca le he hablado para que no sintiera que la había reemplazado, le dejo ver que soy patético, un mentiroso, un hombre cobarde? Pues no, no es eso lo que quiero que vea en mí.

Así es que he vuelto a la mesa, y le he pedido a su novio que fuera a verla. Eso sí que es patético, lo sé.

Mientras ellos se reconciliaban en el dormitorio, Su se acercaba a mí con calma y sentándose en mi regazo acunaba mi cabeza, sabiendo que este hombre de talla grande se sentía muy pequeño en estos momentos.

Me ha intentado calmar diciéndome que aún no estaba todo perdido, que seguro que ella siente lo mismo que yo por ella, que Leo es un tipo raro y que eso a las mujeres no les va.

Solo me he atrevido a decirle que la había cagado a un nivel máximo, que la he dejado sola ahí dentro cuando ella me ha hecho la pregunta en la que cualquier hombre la hubiese tomado en brazos y la habría sacado de la habitación para llevársela. Qué digo de la habitación, debería haberla subido a un avión y me la tendría que haber llevado a un lugar en el mundo en el que estemos solos ella y yo.

En fin, que nada de eso ha ocurrido, que Su se ha dedicado a acariciarme el pelo mientras yo me convertía en un bicho bola.

Hasta que de repente un huracán ha salido del dormitorio perseguido por Leo, se ha frenado frente a su bolso y ha comenzado a sacar papeles hasta que ha encontrado lo que buscaba.

Todos la mirábamos cuando ha comenzado a maldecir, y finalmente nos ha echado de su casa. A los tres. Y no me alegro de que nos haya mandado a paseo, pero sí de que sea a los tres, incluido Leo, quienes hayamos abandonado el piso.

Nos hemos despedido en la puerta de mi apartamento del menda. Y juro por todos mis muertos que casi le pego un puñetazo cuando ha besado la mano de Su en su despedida ridícula. Suerte ha tenido que ella me frenase con su otra mano.

—Deberías de entrar ahora mismo a su casa y decirle porqué estás aquí, el motivo verdadero por el que has cruzado el charco.

—Ahora eso ya no tiene importancia, he salido corriendo como un cobarde después de besarla.

—Bueno, eso es de ser un imbécil, pero todavía puedes arreglarlo, no dejes pasar más tiempo.

—¿Voy?

—Ya estás tardando.

Toco con mis nudillos sobre la madera de la puerta con la esperanza de que Roberta me abra, y poder decirle el motivo de mi regreso a España.

Espero unos segundos y como veo que no tiene pensado abrir la puerta camino hasta la mía para dejarlo estar, y cuando estoy abriendo mi casa, dándome por vencido, entonces escucho el chirriar de la suya.

—¿Qué querías? —dice con un hilo de voz casi inaudible.

—¿Me dejas pasar? —pregunto.

—Solo si no vuelves a besarme, y mucho menos después salir huyendo.

—Lo siento.

—Eso ya lo dijiste antes.

Me hace un movimiento de cabeza para que la siga y cierro la puerta tras de mí.

Me siento en una silla lo más alejado de ella, necesito hablarle y ahora mismo solo quiero volver a besarla.

—¿Y bien? —Abre sus manos pidiéndome que hable— Has dicho que querías entrar y puedo imaginar que no es para ayudarme a recoger los restos de cena.

—Necesito contarte qué hago aquí —le digo finalmente.

—Pues empieza porque tengo sueño y mañana madrugo, ya sabes, eso a lo que se le llama trabajo...

Ella y su manera tan sutil de llamarme millonario. Aunque sepa de sobra que no lo soy, que mi padre tiene mucho dinero, pero no yo.

—Debería de habértelo dicho el primer día que me preguntaste qué hacía aquí. Pero no tuve valor. Me dio miedo.

Roberta me mira extrañada, algo así como si no entendiera nada de lo que le estoy diciendo.

Yo cojo aire, lo suelto despacio, aprieto mis manos la una con la otra, cierro los ojos y cuando voy a vomitar todo, llaman a la puerta.



Capítulo 20

La ira de Dios

Roberta

Mamá no solo es un ser egoísta, es adicta a los relajantes musculares, a los ansiolíticos, a todas esas pastillitas pequeñas que te dejan drogada nada más sacarlas del blíster. ¿Que por qué te cuento esto? Espera a ver.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al verla ahí plantada frente a la puerta.

—*Leeo me ha llamaado, me ha pronunciaado algo de las dos últimasss clausulass del contraato, que no las habíass leído aantes de firmarr, que parecíííaaasss enfadada...* —Ha vuelto a abusar de las drogas.

La intento acallar antes de que diga algo y que Ian nos descubra.

—Mamá no es importante, tengo visita. Mañana lo discutiremos.

—*Oooh, el chulaaaazo de tu amiiigo que te abandonó, essse por el que te pasassste tres añossss lloraaaando. ¿Qué cojooones quiere ahoora? Dile que tienesss novio, que sssse vaya por donde ha veniiido, o le romperrrré las piernasssss.*

—Mamá vete. Las pastillas de dormir ya te han hecho efecto. Deberías estar en la cama.

—*Ssssí, hoy dorrrrmiré aquí, no creeeo que lleegue a mi cassssa.*

Y eso ocurrió, la ayudé a tumbarse en mi cama, le quité los tacones de más de seis centímetros que llevaba puestos, y le desabroché el pantalón vaquero para que se sintiera cómoda.

Ian mientras tanto esperaba paciente en el salón.

—¿Qué le ocurre? —me dijo al salir.

—Ya sabes, sus miedos y chaladuras.

—Pero si tiene miedo a estar sola, ¿por qué no busca a alguien para que le haga compañía?

—No existe persona en este mundo que aguante sus neuras.

—Qué exagerada eres, tu madre solo necesita atención.

—Y también reconocer que tiene sesenta y cinco años y que a su edad vestir como una jovencita de veinte, no es lo más adecuado.

—Conozco a un tipo al que le ocurre justo lo contrario.

Rompemos a reír a carcajadas cuando caigo en que ese tipo es Leo. Si supiera que no es mi novio de verdad, que solo es un impostor que se hace pasar por mi novio para que mi madre gane una batalla más a su hermana... Bueno eso, y también para que yo pueda ser lo que quiero ser de mayor.

—Y ahora, sigamos donde lo habíamos dejado —le digo.

—Ya no recuerdo por donde íbamos.

—Me querías decir cuál es el verdadero motivo de tu visita a España.

—Ya no lo recuerdas, eh —dice Ian mirándome a los ojos.

—¿Qué es lo que debería de recordar?

—Durante el primer año que estuve fuera nos llamábamos todos los días. Yo diría que unas tres veces al día.

—Vaya, es cierto. Nada más despertar, después de cenar, y cuando estabas en la cama —Se me dibuja una enorme sonrisa en la cara al recordar ese año.

—¿No recuerdas lo que nos prometimos?

Se me encoge el estómago al pensar en aquella conversación.

—Ian pensé que, bueno, me dijiste que estabas aquí para acompañarme a la boda de mi prima.

—Te lo dije para no parecer un ridículo.

—Entonces esto lo cambia todo —Me tapo la boca— ¿Qué día es hoy? —pregunto.

—Quedan seis días —responde.

Seis días para que yo cumpla treinta y nueve años. Y es que hace mucho tiempo, dos amigos inseparables, se prometieron algo. Antes de que yo cumpliera mis treinta y nueve años —lo dejamos en esa cifra porque cuarenta ya nos parecía una edad arcaica—, si ninguno de los dos había encontrado al amor de su vida, uno viajaría al lugar del otro para hacerle una propuesta de matrimonio. Siempre hemos bromeado con quién de los dos haría la propuesta, pues estaba claro que al hombre que tengo frente a mí, no se le daba demasiado bien hablar en público, por ese motivo se escondía tras un ordenador para contar cosas.

—¿Todo ha cambiado mucho no te parece?

—Yo te veo igual.

—Pero ahora está Susana.

—También Leo.

—Ya.

—Bueno, pues solo quería que supieras cual fue el motivo de mi visita a España. No vine por la boda de tu prima, sino por esto otro.

—Eres un gran amigo, Ian. Un amigo de esos de los que no dejan nunca a una mujer soltera.

—Ni sin hijos.

—¿También? ¿Habrías estado dispuesto a tener hijos conmigo?

—Dispuesto a cualquier cosa por ti.

—Yo también te aprecio mucho Ian Lauson —En realidad lo que me gustaría decirle es, te quiero, pero entonces habría salido corriendo sin mirar atrás.

Ian se acerca y me abraza, me rodea con sus fuertes brazos y yo coloco mi cara justo entre su hombro y su cuello. Inhalo fuerte su perfume, ahora mismo es una mezcla al olor de su piel y un perfume cítrico. Noto como me agarra por las caderas para separarme pero me niego a que esto termine tan pronto.

—Roberta, una cosa.

Me separo un poco para mirarle a la cara. Siento una vergüenza aterradora al tenerle tan cerca.

—Dime.

—¿Crees todo aquello que me dijiste en el restaurante?

—Ya no recuerdo lo que te dije.

—Que te tengo cerca para recordarme lo bien que me va en la vida, y a la vez no quiero que te vaya bien a ti, que de esa forma siempre estarás conmigo.

No pienso eso de él, imagino que dije todo aquello por rabia.

—No pienses en eso Ian, eres mi mejor amigo —Otra vez la maldita palabra.

—Tu amigo necesita hacer algo.

Odio la palabra, además cuando sale de su boca duele más.

—Claro, Susana te espera, y yo debo de ir acomodándome en el sofá. Ya sabes, mi madre me ha ocupado el lugar de descanso.

Sonríe, me pellizca la mejilla, mira mis labios, yo miro a sus ojos durante todo el tiempo,

porque de no ser así no sé si podría controlarme. No aguanto más el dolor que siento al estar cerca de él y no poder acercarme más.

—Mañana me marchó, pero antes tengo que hacerlo.

Coloca una mano en la parte posterior de mi cuello, me acerca a su rostro lentamente y me besa. Yo abro mucho los ojos porque tengo que jurar que esto no me lo esperaba por nada del mundo, y menos aún después de decirme que mañana regresa a su casa.

—Para.

Es lo único que he conseguido decir mientras empujaba mis manos sobre su pecho.

—Perdóname —Solo eso me ha dicho.

—No puedes volver a hacerlo. Otra vez no. Te fuiste una vez dejándome rota, ahora regresas, y a sabiendas que tengo a alguien... bueno, y tú también, me besas.

—Necesitaba comprobarlo.

—¿Eso soy? ¿Una máquina de pruebas?

—No. Me he confundido, eres mi amiga.

—Márchate, no quiero verte en mucho tiempo.

Ian se marchó nada más terminar de hablar, y yo me quedé rota.

Me sentí como si estuviera atrapada en una montaña rusa de emociones después de ese inesperado beso con Ian.

En un primer momento, cuando sus labios encontraron a los míos, experimenté una oleada de emoción y euforia. Era una sensación de mariposas en el estómago que nunca había experimentado antes con nadie. La proximidad de Ian me hizo sentir especial y deseada, y esa chispa de romance parecía prometedora.

Sin embargo, a medida que pasaron los minutos, la euforia se desvaneció y dio paso a la confusión y la ansiedad. Enseguida me di cuenta de que mi relación con Ian era mucho más complicada de lo que pensaba. Todo el tiempo había estado segura de que la amistad entre nosotros era sólida, pero ahora me sentía traicionada y vulnerable. La idea de que Ian podría estar jugando con mis sentimientos me hacía daño en lo más profundo de mi corazón. Me preguntaba si él realmente me valoraba como amiga o si solo estaba interesado en una aventura pasajera. Un deseo repentino.

En la intimidad de mi salón, me permití derramar lágrimas desconsoladas. Me di cuenta de que, en última instancia, la presencia de Ian en mi vida era lo que me hacía feliz. La simple idea

de perder su amistad, o incluso algo más, era insoportable para mí. Me vi envuelta en un dilema emocional, tratando de entender mis propios sentimientos y deseos. Necesitaba encontrar una forma de lidiar con la situación, pero no sabía por dónde empezar. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para retener a Ian en mi vida, pero también temía que esa decisión pudiera llevarme a un terreno aún más complicado y doloroso.

Sin pensarlo dos veces, llamé a Leo. Necesitaba estar acompañada y era mi mejor opción.

No tardó más de cinco minutos. ¿Acaso estaba esperando en la calle? Bueno, no me importa, el caso es que ahora está aquí conmigo.

—¿Sabías lo que implicaban esas dos cláusulas y aun así aceptaste? —le pregunto a Leo.

—Yo no tengo nada que perder, ¿recuerdas? —responde.

—¿Pero es que no te das cuenta de lo que eso significa?

—No es para tanto, tan solo serán seis meses.

—¿Lo dices así, como si no fuera nada. Es medio año.

—A penas se dará cuenta del tiempo, seguro que después deseará seguir a mi lado.

—¿Y dónde?

—Aquí mismo. Sí, aquí estaría bien.

Me siento en el sofá, pierdo la mirada sobre Leo, sé que está frente a mí, pero no le veo con claridad. Mi mente está todavía intentando inventar algo para que Ian se quede más tiempo.

—Las cláusulas han sido la excusa, *milady* creo que necesitaba de mí un hombro en el que llorar.

—No puedo perderlo, Leo, si ocurre me muero.

—Oh, vaya, es eso. No morirá, se lo digo por experiencia, dolerá mucho. Tanto que creará muerta, pero uno no muere, con el tiempo incluso podrá pensar en él y sonreír —Leo sacó un pañuelo de tela de su bolsillo y secó una lágrima que resbaló por su pómulos—. Pero, Ian aún sigue aquí, así es que si todavía quiere intentarlo, yo le ayudaré.

—¿Seguro? Puedes perder mucho dinero.

—No lo creo. Me has dicho que tu madre duerme dentro...

Y no sé muy bien todavía porqué he confiado en el plan de Leo, pero quizá el motivo sea

que, era mi última carta.

Hemos dormido juntos. Muy juntos, más de lo necesario a pesar de dormir en el mismo sofá.

Hace unos minutos comenzamos a escuchar ruidos que provenían de mi dormitorio. Entendimos que mi madre estaba a punto de salir, y el plan de Leo era que nos viera en una situación embarazosa para ella.

Todo ocurrió como esperábamos, bueno, yo no esperaba nada.

—Buenos días, querida suegra —dijo Leo nada más ver a mi madre salir por la puerta—, deme unos segundos y le prepararé el mejor desayuno que haya probado en la vida.

—Dios mío, hija, no me dirás que no he tenido buen ojo, eh.

—Mamá quería darte las gracias, porque fui muy negativa con todo esto, y me he dado cuenta de que Leo es el verdadero amor de mi vida —Mientras decía mi frase, esa que Leo me había preparado como si siguiera un guion, él no dejaba de besar mi hombro.

—¡Ay! No podéis imaginar lo feliz que me hacéis.

Leo dio un salto para abrazar a mamá entre sus brazos y después de hacerlo, se acercó a mí para besarme.

El beso duró demasiado tiempo, y mientras ocurría esto de compartir saliva, mover nuestras lenguas, y sentir un poquito de eso que se inicia antes de practicar sexo, porque es lo que estaba ocurriendo, que me besó y dentro de mí se despertó la mujer que necesita sexo del bueno desde hace mucho tiempo, sonó el timbre de la puerta. Mamá abrió demasiado rápido y lo demás ya os lo imagináis.

Ian entró a casa y pudo ver como nos besábamos. Lamentable, sí, eso es lo que pensé. Acabo de arreglar un tema para destrozar otro.

—Ya veo que habéis hecho las paces —dijo al vernos.

—Sí, bueno es lo que tiene el amor verdadero —respondió Leo.

—Leo, me preguntaba Su esta mañana si podrías darle la receta de tu desayuno. Le conté lo rico que estaba y quería intentarlo ella.

—Encantado de enseñarle, pero hoy ya me he comprometido con mi suegra.

—Te lo agradezco, pero tengo que guardar la línea, puedes ir con ella. Y no vuelvas a repetir eso de suegra, como puedes ver, Roberta y yo podríamos ser hermanas.

—Como desee —le dijo Leo.

Mamá dijo aquello, agarró su bolso y tras tocarse un poco el pelo con sus dedos frente al

espejo del salón, se fue. No sin antes darnos instrucciones.

—Si accedéis a la última de las peticiones, estaré encantada de dejar esto cerrado ese mismo día que ocurra.

Ian nos miró confundido, Leo abrió mucho los ojos, y yo me asusté. Porque si no era suficientemente difícil cumplir con la penúltima cláusula, ahora nos había dado un aliciente para llevar a cabo la última.

Eché de casa a Ian diciéndole que ahora pasábamos nosotros a su apartamento, nos teníamos que vestir.

En cuanto él salió de casa, Leo me abrazó.

—Frena.

Leo se extrañó.

—*Milady* usted elije, o seis meses viviendo juntos, o una boda fugaz y después somos libres. Bueno, si usted lo desea.

—Entonces lo perderé, Ian se marcha, y si se entera que me caso... —Tapé mis ojos para frenar las lágrimas.

—Dígale lo que siente.

—No pienso hacer más el ridículo. Además está Susana.

—Ella no será un problema.

—¿Qué sabes y me ocultas?

—Confíe en mí, la señorita Su no es un problema entre ustedes.



Capítulo 21

Un vuelo, un amor...

Ian

Estos últimos días en España han sido una verdadera locura. No puedo evitar sentirme completamente fuera de lugar. Ha habido cosas extrañas que simplemente no logro entender, frases inacabadas de Roberta que quedaron suspendidas en el aire, y miradas misteriosas entre Leo y ella.

Finalmente, la pesadilla está llegando a su fin. En cuestión de horas, estaré de vuelta, en mi hogar, en mi espacio, en mi lugar, ese del que nunca debí haberme alejado. Me siento como un tonto por haber pensado que ella recordaría esa promesa, y aún más idiota por haberme imaginado una vida a su lado.

En fin, todo ha llegado a su fin, al igual que la última página de mi libro, en la que he colocado la palabra "Fin". Estoy listo para cerrar este capítulo de mi vida y regresar a mi lugar. La incertidumbre ha quedado atrás, y aunque las cosas no hayan salido como esperaba, estoy listo para empezar de nuevo en mi viejo y querido rincón del mundo.

Susana me mira intentando descubrir mis sentimientos, pues ya he dejado de lamentarme. No pienso parecer un hombre débil ni un día más. Ella ha elegido a Leo, y yo lo respeto. A decir verdad, yo también lo hubiera elegido. Solo hay que mirarlo un momento, un tipo elegante, caballeroso y atento. Parece que lo han sacado de un catálogo.

Entonces caigo, abro mucho los ojos, miro a Su que se ha hecho un ovillo en su asiento del avión intentando dormir un poco.

La nuevo.

—Te va a parecer una idiotez, pero creo que Leo no es real —le digo cuando abre los ojos y me mira.

—Ian, es real, yo lo he visto, he hablado con él.

—Digo que no es su novio de verdad.

—¿Qué intentas decirme?

—Que es un actor, un gigoló, un novio de mentira.

—¿Y para qué cojones querría Roberta un novio falso?

—Ella no lo sé. Su madre... Su madre es una trastornada competidora acérrima con su hermana.

—Lo siento Ian, no te sigo.

—Da igual. Tenemos que dar la vuelta.

—Estás loco, ¿verdad? Volamos en un avión repleto de pasajeros, no podemos dar la vuelta. Ni aunque te estuvieras muriendo darían la vuelta.

Intento relajarme hasta llegar al destino, mientras tanto busco un billete de avión inmediato para regresar a España. Localizo uno y lo compro. Estoy eufónico de felicidad, pues ahora todo tiene sentido. Roberta ha tenido que hacer todo eso por su madre.

—Ian, una cosa. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Más seguro que nunca.

—¿No crees que lo que has dicho es un poco absurdo?

—Tengo que averiguarlo. ¿Lo entiendes, verdad?

Susana me mira con pena, no aparta los ojos de mí. No responde, imagino que lo que ella quiere decirme no es lo que yo quiero escuchar, y por ese motivo guarda silencio. Sabe que no me daré por vencido aunque me diga que es una estupidez, sabe que voy a volver a España para averiguarlo por mí mismo.

—Solo una cosa —dice Susana—. De ser cierto lo que dices, ¿Cómo explicas ese beso que se dieron frente a ti en su casa?

Al escuchar aquello me hundo en lo más profundo de mis dudas.

—Algo me dice que todo tiene una explicación, Su, Roberta y yo estamos destinados para estar juntos.

—Quizá sea solo como amigos.

No la quise escuchar.

El avión aterrizó e inmediatamente me subí a otro. El trayecto lo pasé durmiendo. Cuando aterrizó, una azafata se encargó de despertarme.

Levaba muchas horas ansiando este momento, el regreso a España, la oportunidad de ver de nuevo a Roberta, de declarar mi amor.

Mientras caminaba por las calles que me resultaban familiares, podía sentir cómo el corazón me latía con fuerza en el pecho, como si estuviera a punto de saltar de su sitio.

El momento había llegado, y ahora me encontraba frente a la puerta de la casa de Roberta. El pulso se me aceleró cuando levanté la mano para tocar el timbre.

¿Qué diría? ¿Cómo expresaría mis sentimientos después de todo lo que había ocurrido?

Al abrir la puerta, quedé paralizado, nada era como yo lo había imaginado. La persona que encontré frente a mí no era Roberta, sino su madre. Quien lo miró de manera desafiante y salió de la casa despidiéndose de Leo y Roberta.

El sol de la tarde iluminaba la sala de estar, donde Roberta y Leo se encontraban enredados en un abrazo, sus risas llenaban la casa. La atmósfera era íntima, y no había duda de que compartían una conexión más que especial.

Mi corazón se hundió en el pecho mientras observaba la escena. Fue entonces cuando me di cuenta de que había llegado en el peor momento posible, justo cuando Roberta y Leo parecían estar más cerca que nunca. Era como si mi regreso hubiera desencadenado una serie de eventos que no podía controlar.

Me quedé allí, en el umbral de la puerta, sintiéndome como un intruso en mi propia historia. No sabía si debía entrar y hablar con Roberta, o si debía retirarme silenciosamente y dejarla vivir su vida.

Roberta notó su presencia y se levantó sorprendida y un poco incómoda. Pues lo que fuera que Ian había visto no era más que una simple actuación de un papel que debía interpretar para convencer a su madre.

Sus ojos se encontraron con los de Ian, y el silencio oscureció de golpe la habitación. No necesitaban palabras para entender lo que estaba sucediendo.

Leo, viendo la tensión en el ambiente, se levantó y se acercó a Ian, extendiendo la mano en un gesto amistoso. Ian la estrechó con una mezcla de incredulidad y educación. Su mente estaba llena de pensamientos y emociones encontradas.

Finalmente, fue Ian quien rompió el silencio, con voz temblorosa:

—He venido... a decirte algo importante, Roberta. —Sus palabras sonaron como un eco en

la sala, y tanto Roberta como Leo lo miraron expectantes.

Pero antes de que pudiera continuar, Leo intervino con una sonrisa, pues sabía lo que podía ocurrir si dejaba hablar a Ian.

—Roberta y yo íbamos a compartir una noticia emocionante. Estamos comprometidos y planeamos casarnos mañana.

Sus palabras resonaron como un eco ensordecedor, e Ian sintió cómo su mundo se derrumbaba a su alrededor. El suelo desaparecía bajo sus pies.

Roberta miró a Ian con una expresión de pesar en los ojos, pero las palabras parecían inútiles en ese momento. Ian se dio la vuelta y, sin decir una palabra, salió de la casa. El silencio que quedó allí era ensordecedor, y todo lo que había imaginado Ian que ocurriría se esfumó.



Capítulo 22

Ser rica o ser feliz

Roberta

La casa resonaba con la angustia silenciosa de Roberta, que parecía una cascada de lágrimas contenidas. Leo la abrazaba con ternura, tratando de encontrar las palabras adecuadas para consolarla.

—*Milady*, entiendo que estés pasando por un momento difícil —murmuró Leo con voz apacible—. Solo dos días más, y todo estará bien. Hemos planeado esto juntos, ¿recuerdas?

Roberta asintió con los ojos enrojecidos por el llanto. Apretó con fuerza la mano de Leo.

La madre de Roberta estaría en casa después del almuerzo, y tenían la intención de darle la noticia de su compromiso, con la esperanza de ganar su aprobación y de esa forma sacarle todo aquel dinero que les había prometido y les permitiría escapar de su influencia tóxica.

El aroma de la comida que se cocinaba en la cocina llenaba la casa, y todo parecía perfectamente planeado, como una actuación de teatro. Leo guardaba el anillo de compromiso en su bolsillo, listo para dar el paso importante que habían repasado horas antes.

Sin embargo, nadie esperaba que el timbre de la puerta interrumpiera su farsa.

Los dos se miraron, atónitos. ¿Quién podría estar en la puerta en este momento tan crucial?

Cuando la madre abrió la puerta, una sombra conocida se alzó frente a ellos. Era Ian, de pie en el umbral, con una mezcla de sorpresa y dolor en sus ojos.

—Yo... —tartamudeó Ian, sin saber cómo continuar.

La madre de Roberta miró con desprecio a este y despidiéndose de su hija y de su yerno se marchó comunicándoles que más tarde regresaría.

Roberta se quedó sin aliento. Su mente se llenó de confusión y miedo. ¿Qué estaba haciendo Ian aquí?

Leo dio un paso adelante con una expresión de desconcierto en su rostro.

—Ian, no esperábamos verte tan pronto —dijo en voz baja.

Ian miró a Roberta, y sus ojos se llenaron de una mezcla de emoción y confusión.

—Nunca debí haberme ido —murmuró para sí mismo.

La tensión en la habitación era palpable. Dos amores del pasado y un futuro incierto se encontraban en medio de una escena que se salía completamente de su control. La madre de Roberta estaría de vuelta en cuestión de minutos, y el plan meticulosamente elaborado entre Roberta y Leo parecía desmoronarse en ese mismo instante. Así es que Leo se apresuró antes de que Ian lo echase todo a perder y lo anunció.

Roberta sintió morir.

Ella nunca esperó volver a ver a Ian tan pronto, pues se acababa de marchar. Pero allí estaba, plantado frente a ella, como un fantasma del pasado que la perseguía en el momento menos oportuno. Un cálido y doloroso nudo se formó en su garganta mientras lo observaba en silencio.

Sus ojos se encontraron en un instante, y una mezcla de emociones arremetió contra el corazón de Roberta. Había sorpresa en su mirada, sí, pero también algo más profundo, algo que había estado enterrado en el fondo de su alma durante tanto tiempo. Era amor. Un amor que creía haber dejado atrás, pero que nunca se había desvanecido por completo.

Roberta quería correr hacia él, abrazarlo con fuerza y besar sus labios con desesperación. Quería inhalar su aroma familiar y sentirlo cerca, tan cerca como solían estar. Pero estaba paralizada, incapaz de mover un solo músculo.

Su corazón latía con una intensidad inusitada mientras sus ojos seguían a Ian, cada uno de sus movimientos, cada expresión de su rostro. Las palabras de su novio, Leo, que seguía hablando con entusiasmo, se desvanecieron en el fondo, reemplazadas por el torbellino de pensamientos y emociones que la embargaban.



Capítulo 23

Reacciona

Ian

Escuchar aquello pudo ser lo más doloroso en mi vida. Yo que estaba convencido de que aquello no era real y que nuestra historia de amor podía funcionar. La palabra boda, me sacó del juego de un plumazo.

Todavía frente a ellos escuchando como el tío raro no dejaba de celebrar la noticia, me di media vuelta decidido a marcharme lejos, cuando me di cuenta de que todo lo que me estaba ocurriendo era por no hacer las cosas a tiempo. Por no hablar cuando yo quería.

Así es que volví sobre mis pasos y antes de que la puerta se cerrase, la empujé.

—Roberta, te quiero.

Lo dije, sí. Y debí haberlo grabado con el móvil porque ni yo mismo me lo estaba creyendo.

Aunque si algo me parecido increíble, fue lo del caballero inglés.

—Excelente, enhorabuena, creí que jamás lo diría.

Estuve dudando en si chocarle la mano o chocar mi puño contra su cara, porque no me jodas que no era extraño el tema.

—Ian, no entiendo nada.

—¿Acaso el amor necesita un traductor? Que te amo, que te quiero, que no sé vivir sin ti, que si me vuelvo a separar de tu lado, mi vida ya no tendrá sentido.

—¿Por qué ahora?

—¿Cuándo, si no?

—¿No podías esperar unos días?

—¿Quieres casarte con él?

No entendía nada, ¿por qué Roberta me estaba diciendo aquello? Tampoco podía entender que el tío con el que estaba a punto de casarse se alegrase de que me declarase a su novia.

—Es complicado de entender —decía Ro.

—*Milady* ahora acabo de verlo, usted puede ser feliz. Hágame caso.

—Cállate de una maldita vez, ¿vale? —le dije.

—Ni se te ocurra hablarle así —me riñó Ro.

—Ian, lo siento, pero tengo que casarme con él —me dijo señalándole.

—¿Estás embarazada?



Capítulo 24

Un lío embarazoso

Roberta

La que faltaba.

Ian ha formulado la pregunta maldita y mi madre salía del ascensor en ese momento.

No me digáis que no es oportuna la señora.

—¿Roberta?

—Mamá relájate.

—Tengo que llamar ahora mismo a tu tía, ya verás la cara que va a poner cuando se entere.

—Mamá no llames a nadie. Espera un minuto.

Ian no daba crédito a las chaladuras de mi madre. Y es que no era para menos.

—Señora, tengo una noticia que darle — Leo comenzó a decir.

—Dime, hijo. Porque ya puedo llamarte hijo.

—Primero hay una cuestión que me tiene preocupado.

—Pues venga, ánimo y pregunta que yo te sacaré de dudas.

Mientras tanto Ian me miraba intentando entender lo que ocurría.

—Cuando usted vino a por mí para que yo le ayudase en su misión... —Leo se desabrochó el corbatín— Imagino, que cualquier hombre le hubiese servido para su cometido.

—Así es, de no haber sido por el idiota este que tenemos hoy presente, es seguro que mi hija ya estaría casada.

—Señora, respete. Yo no tengo nada que ver —Ian se defendió.

—Tú tienes toda la culpa, tú eres el culpable de que yo no sea abuela, tú eres el cretino que la dejó tirada cuando te necesitaba, el mismo que la ha tratado como si fuera un compañero de residencia universitaria enseñándole día tras día a todas las mujeres con las que salía. Así que, sí, tú eres el único culpable de que mi niña siga soltera.

Leo caminaba hasta mamá. La agarró por el brazo y la ayudó a sentarse en una silla de dentro.

Mientras tanto Ian me miraba atónito, esperando alguna palabra salir de mi boca.

—¿Es cierto? —dijo.

—No.

—Roberta.

—Sí, es verdad, todas y cada una de las palabras que han salido de la boca de mi loca madre son ciertas. Aunque jamás imaginé que hacía caso a lo que le contaba.

—Yo...

—No digas nada.

—Lo siento.



Capítulo 26

Una vida que arreglar

Leo

—Tome asiento. Iré a por un vaso de agua.

—Qué suerte tiene mi niña de haberte encontrado.

—A decir verdad fue usted quien lo hizo.

Alguien debía de poner a esta señora en su sitio, eso estaba claro, pero también estaba claro transparente que no sería yo el que lo haría.

—Anda, ve y dile a ese estúpido que se vaya de aquí.

—No es tan fácil.

—¿Cómo que no? —Y tras decir aquello se levantó ágilmente como si le hubiesen puesto un cohete en el mismísimo trasero.

—Quieta, usted no va a ir a ningún sitio. No sin antes escucharme.

Y comencé a relatarle mi historia. No volveré a repetirme, sé que ya la he contado.

Después de terminar, y de ayudarla a secar sus más de miles de lágrimas que brotaban de sus ojos, ella me preguntó.

—¿Qué relación tiene eso con él?

—Es sencillo. Ian ama a su hija, y acaba de decírselo.

La madre de Roberta quedó paralizada, y nada dijo de forma inmediata.

Se quedó sentada en el mismo lugar y su hija preocupada al verla sin reacción alguna se aproximó a ella.

—Mamá, ¿te ocurre algo?

—Nada, hija.

—Llamamos a un médico, espera —Ian sacó de su bolsillo el teléfono.

—No será necesario —respondió ella.

—Creo que quiere decirles algo a ustedes dos —dije mirando a Ian y Roberta.

—Así es. Primero hija quiero pedirte perdón por ponerte en esta tesitura. Sé lo que para ti significa tu carrera de pintora y me he aprovechado de eso para una vez más salirme con la mía.

—No entiendo nada —dijo Ian.

—Es sencillo, contraté a Leo para que acompañase a mi hija a la boda de mi sobrina.

Ian le hizo un gesto para que continuase.

—Pero no era suficiente para mí. Después acudí a un abogado para que me redactara un contrato. Uno en el que yo ofrecía mucho dinero a ambos si lograban permanecer unidos siendo novios durante algo más de tiempo después de la boda. Y si eso ya te parece sucio, espera a escuchar esto. Finalmente les cedería mi herencia si vivían juntos por seis meses, y en caso de casarse, el dinero se haría efectivo el mismo día de la unión.

—¡Joder! —pronunció Ian.

—Pero eso ya no será necesario, porque cierto caballero inglés, aunque más falso que el bolso que llevo de Dior, me acaba de comentar que un hombre está enamorado de mi Roberta de verdad.

—Así es, soy yo. Amo a su hija por encima de todas las cosas. Y si ella quiere que me case para hacer realidad ese sueño que tiene, con la ayuda de su dinero, estoy más que dispuesto.

—No, Ian, nunca te pediría eso —dijo Roberta.

—No me lo estás pidiendo, me ofrezco yo mismo. Además te quiero, y quiero pasar cerca de ti todos los días de mi vida.

—No es necesario —reafirmó la madre.

—Todo mi dinero pasará a ser de mi hija de manera inmediata mañana mismo.

—Mamá —gritó Roberta.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti, he destrozado con mis tonterías a todo el que he tenido cerca. Quiero que seas feliz.

Cuando escuché que todo estaba resuelto y que una vez más había realizado aquello para lo que mi mentor me había instruido, me alejé.

Caminando hasta la puerta una mano se apoyó sobre mi hombro. Era una mano fuerte, pesada, no hacía falta girarme para saber a quien pertenecía. Aun así lo hice.

—Me equivoqué contigo, lo siento.

—De otra manera hubiese sido raro.

—A ver, raro sigue siendo todo esto, eh, no me lo negarás.

—Yo lo encuentro normal. Aunque me hubiese gustado conocer un poco más a su amiga Susana, parecía una dama noble.

—No vayas por ahí, Leo.

—No me engañó, a mí no me engañó. Su amiga no está interesada lo más mínimo en los hombres.

—¿Cómo lo supiste?

—De lo contrario habría caído rendida a mis pies.



Capítulo 27

Una buena obra

Roberta

Mi madre se ha marchado, Leo la ha acompañado, y aquí estamos Ian y yo sentados en mi sofá sin decirnos una palabra.

Imagino que ya lo ha dicho todo, y por mi parte, me gustaría preguntarle tantas cosas, que mi cerebro a colisionado dos veces con mis pensamientos y nada decente sale de mi boca.

—Roberta, yo, no sé qué es lo que piensas de todo esto.

—Pues ahora mismo estaba pensando que tenía que haber ido a recoger el traje con el que Leo me iba a acompañar a la boda de mi prima.

—Imagino que ya no le hará falta.

—Imagino.

—Yo tengo dos trajes en mi maleta, por si quieres que vaya contigo. Aunque después de tanto revuelo con la maldita boda, no sé si todavía te apetece asistir.

—Nunca me apeteció, pero ahora más que nunca voy a ir. Además acompañada de mi novio de verdad.

Ian me abrazó con fuerza. Tanta que tuve que darle un par de golpecitos en la espalda para poder continuar con la respiración.

Se separó de mí y después de mirarme a la cara durante mucho tiempo, demasiado diría yo,

me besó. El beso fue mágico, lleno de cariño, amor, y deseo. Deseo que hizo que mi parte más íntima ardiera en deseo y comenzase a desnudarlo de manera inmediata. Ian se reía todo el tiempo y tras preguntarle lo que le hacía tanta gracia, pronunció.

—Es tal cual lo recordaba. El mismo sentimiento de deseo, el mismo cosquilleo en la boca del estómago. Las mismas sensaciones que aquellas dos veces.

Lo recordaba, recordaba nuestros dos accidentados encuentros.



Capítulo 28

De Madrid a Valencia

Leo

Este último trabajito me ha salido bien caro.

No he visto ni un euro, y me he gastado gran parte de lo que ahorraba para comprarme la casa que necesitaba. Siempre he soñado con vivir en Valencia, precisamente junto al mar, a ser posible en primera línea de playa con vistas al mediterráneo. Tendré que esperar a que alguien precise de mis servicios para completar mi humilde sueño.

Me apeo del tren en la Estación del Norte de Valencia. Camino por el centro de la ciudad, para variar los viandantes me miran con descaro, algunos jóvenes me señalan y ríen, y las damas más elegantes susurran a mis espaldas.

Estoy decidido a pasear cerca del mar hasta que otro trabajo me ocupe, cuando de repente una notificación en el teléfono me alerta.

En concreto es un mail de Roberta.

Querido Lord Leo,

Estoy intensamente agradecida de haberme cruzado aquella tarde con usted. Sí, reconozco que siempre he creído que iba conduciendo un vehículo, ahora, después de pasar más tiempo a su lado. Sé que no es un mentiroso, y si dijo que no, es que no. Le creo.

Mi nota es solo para agradecerle lo que ha hecho por mí, por mí y por Ian. Y en pago por sus servicios, estoy dispuesta a entregarle una cantidad de dinero escandalosa.

Solo una última cosa, le pido que si en alguna ocasión conoce a la dama que cree que pueda hacerle feliz, no le allane el camino a nadie, luche por ella, pues usted bien merece serlo.

Mi madre me cedió todo su dinero, y debo decirle que ni en dos vidas podría gastarlo. Ni comprando más de una propiedad. Al parecer hace unos años le tocó un premio gordo de lotería y jamás se lo dijo a nadie. Imagina, ahora soy millonaria.

En unos días recibirás en la cuenta que me facilites la cantidad, como antes dije, escandalosa de, medio millón de euros.

Disfrútalos, lo mereces.

Ah, y te esperamos en la boda, pronto tendrás noticias nuestras.

Gracias por todo, eres auténtico.

Roberta Valero.

Fin

Agradecimientos

Este es un trabajo solitario, ya que cuando te sientas a escribir todas esas historias que han cobrado vida en tu cabeza, tan solo son necesarias dos cosas, tú misma y el medio que utilices para hacerlo. Siempre se ha dicho que la vida de un escritor era solitaria, yo me la imaginaba como la de un cantante. Su carrera depende de ellos, de su voz de su prodigio. Ahora eso está cambiando, a pesar de que mis historias son más, cada vez me acuerdo más de mis compañeras, en las que me fijo, las que me ayudan, apoyan y sobre todo en las que confío.

Espero que siga siendo así por muchos años, ojalá la eternidad, en primer lugar agradezco todo a Cristina D. Estanislao, creo que debe de estar cansada de mis buenos días, de mis divagaciones, de mis estadísticas a la hora de especular en cómo funciona Instagram, Facebook o el mismísimo Amazon.

También se lo agradezco a @lectorahastaaltashoras porque además de ser un ser maravilloso y una gran lectora, de la que no me cabe duda podría salir una escritora... durante este tiempo he podido ver como va creciendo una amistad. Gracias R. Me encantan tus apuntes en el word...

Se lo agradezco también a Idoia, que me perdone por ser tan torpe con los archivos que le envío, soy nula en temas informáticos. Gracias, espero que sigas bien cerquita de mí.

Y ahora sí, gracias a todo aquel que siga leyendo mis chaladuras, mis historias inverosímiles, que ojalá se hicieran realidad porque la vida sería una risa continua.

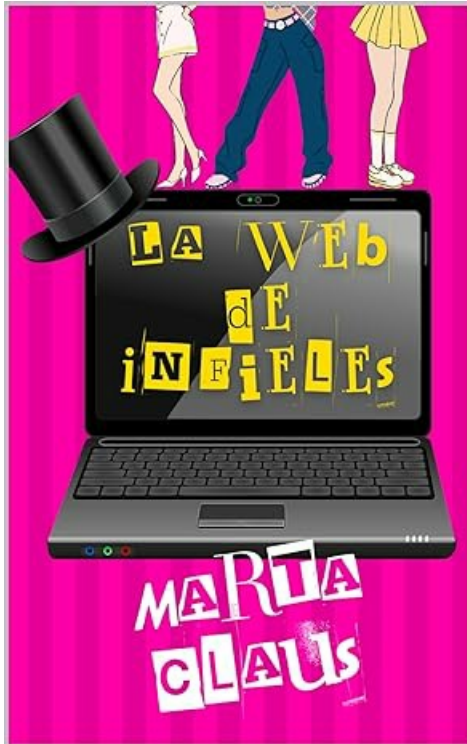
Si eres nuevo por aquí, quédate cerca porque hay locuras en el horno que prometen muchas carcajadas.

¿Qué me diríais si os cuento que tengo una relación con el novio de mi mejor amiga? ¿Y si os digo que yo estoy casada? Espera, ¿y si además trabajo para mi amiga? Una locura, ¿verdad?

Gracias por seguir por aquí.

Más libros de la autora

La web de infieles



Mi nombre es Macarena, y tuvo que suceder todo de aquella manera para que entre mis amigas: Rita, Lea y yo, nos diéramos cuenta de que habíamos nacido para ayudarnos entre nosotras. Entre nosotras tres solo no, entre todas las mujeres de España. De momento hasta ahí hemos llegado, aunque no descartamos conquistar nuevas tierras.

¿Quieres denunciar públicamente al cerdo infiel y mentiroso que te acompañaba hasta ahora? Ánimo, no estás sola, en La Web de infieles te esperamos.

Una novela romántica con toques de humor en la que las situaciones más que reales te harán replantearte si de verdad necesitas a un hombre a tu lado. O en el mejor de los casos, te animarán a cuidar al hombre que tienes junto a ti después de ver todo lo que anda suelto...

Una novela romántica repleta de situaciones que te harán morir de risa.



Del convento al

infierno

Amable, educada, respetuosa, generosa, paciente, bondadosa... Espera que esto te interesa más seguro, ¡virgen! Veintitrés años y sin haber catado a un hombre. No me avergüenzo eh, al contrario, estoy bien orgullosa de ello. Es pensar en besar a uno y *puaj*, imagino toda esa saliva invadiendo mi boca y siento angustia. Mi relación con el creador es tan estrecha que me sobra y

me basta con eso.

Yo, **Lorena Sullivan** he aceptado las normas y los principios cristianos de forma mecánica impuestos por mi madre, he obedecido cada una de las leyes de Dios a las que ya estaba acostumbrada y había hecho mías día a día. Bueno, hasta que aquel fatídico martes tomé la decisión más ¿acertada de toda mi vida? El señor me puso a prueba sí, y ¡qué prueba!. Atravesé la puerta del infierno, a tropezones, eso es cierto. Me arrojó a los brazos de un demonio sin piedad, uno con atributos muy generosos. ¿Su nombre? **William Callaghan**. Y por si fuera poco, el demonio no estaba solo. ¿Sabéis eso de que Dios le da pan a quien no tiene dientes? Pues el refrán se queda corto.

¿Te imaginas cómo pudo acabar esto? Te aseguro que no se te pasa por la cabeza, aunque me gustaría contártelo. Te adelanto qué, no he rezado tanto en mi vida para pedir perdón por mis pecados.

Se busca canguro



Mi nombre es Sara, aunque él se empeñe en llamarme Toñi. No hace falta que te diga que no me gusta, lo mismo que tampoco me gusta él. Ese imitador de pacotilla, que se ha inventado que yo le besé primero y ya te digo que no fue así. Espera, que he empezado la casa por el tejado. Tengo dos hijos, soy madre soltera y a mis treinta y cinco años como comprenderás mi cuerpo aún me pide marcha.

Yo soy Manuel, y sí, ella me besó primero y aunque esa mujer es todo un desastre y me cueste reconocerlo, me he enamorado como lo hice de...

Una relación con banda sonora propia.

Una mujer que a pesar de sus decepciones sigue buscando al hombre de su vida.

Un hombre con mucho dolor dentro por sanar.

Cuando el destino hace sus planes y tu futuro está escrito nadie puede cambiarlo.

Books By This Author

[La web de infieles](#)

Mi nombre es Macarena, y tuvo que suceder todo de aquella manera para que entre mis amigas: Rita, Lea y yo, nos diéramos cuenta de que habíamos nacido para ayudarnos entre nosotras. Entre nosotras tres solo no, entre todas las mujeres de España. De momento hasta ahí hemos llegado, aunque no descartamos conquistar nuevas tierras.

¿Quieres denunciar públicamente al cerdo infiel y mentiroso que te acompañaba hasta ahora? Ánimo, no estás sola, en La Web de infieles te esperamos.

Una novela romántica con toques de humor en la que las situaciones más que reales te harán replantearte si de verdad necesitas a un hombre a tu lado. O en el mejor de los casos, te animarán a cuidar al hombre que tienes junto a ti después de ver todo lo que anda suelto...

Una novela romántica repleta de situaciones que te harán morir de risa.

[Del convento al infierno](#)

Amable, educada, respetuosa, generosa, paciente, bondadosa... Espera que esto te interesa más seguro, ¡virgen! Veintitrés años y sin haber catado a un hombre. No me avergüenzo eh, al contrario, estoy bien orgullosa de ello. Es pensar en besar a uno y puaj, imagino toda esa saliva invadiendo mi boca y siento angustia. Mi relación con el creador es tan estrecha que me sobra y me basta con eso.

Yo, Lorena Sullivan he aceptado las normas y los principios cristianos de forma mecánica impuestos por mi madre, he obedecido cada una de las leyes de Dios a las que ya estaba acostumbrada y había hecho más día a día. Bueno, hasta que aquel fatídico martes tomé la decisión más ¿acertada de toda mi vida? El señor me puso a prueba sí, y ¡qué prueba!. Atravesé la puerta del infierno, a tropezones, eso es cierto. Me arrojó a los brazos de un demonio sin piedad, uno con atributos muy generosos. ¿Su nombre? William Callaghan. Y por si fuera poco, el demonio no estaba solo. ¿Sabéis eso de que Dios le da pan a quien no tiene dientes? Pues el refrán se queda corto.

¿Te imaginas cómo pudo acabar esto? Te aseguro que no se te pasa por la cabeza, aunque me gustaría contártelo. Te adelanto qué, no he rezado tanto en mi vida para pedir perdón por mis pecados.